



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: La distancia mayor: crónicas de personas +60 durante el coronavirus

Autores (en el caso de tesistas y directores):

Ailin Lucía de Innocenti

Claudia Irene Vespa, tutora

Fernanda Aren, co-tutora

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2022

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.

Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





La distancia mayor

Crónicas de personas +60 durante el Coronavirus

Ailin Lucía de Innocenti
ALDEINNOCENTI@GMAIL.COM

Foto: Lucas D'Amico



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Ciencias de la Comunicación

Tesina de producción

LA DISTANCIA MAYOR: CRÓNICAS DE PERSONAS +60 DURANTE EL CORONAVIRUS

Tesista: Ailin Lucía de Innocenti
Contacto: aldeinnocenti@gmail.com
DNI: 39371864

Tutora: Claudia Irene Vespa
Cotutora: Fernanda Aren

Buenos Aires, julio de 2022

Índice

Prólogo	4
Crónicas	
Últimos frutos	7
La Independencia	14
Vacunas	26
Clandestinas	36
Bitácora	
Introducción	47
Sobre el cómo de la escritura y sus porqués	50
Con que esto es la crónica	61
Algunas representaciones contemporáneas sobre la tercera edad	71
Palabras finales: cerrar un capítulo	79
Bibliografía	82
Agradecimientos	88

ACLARACIÓN

Los hechos aquí narrados son reales, pero algunos de los nombres de las personas y espacios citados fueron cambiados.

Prólogo

“Cuando el mundo estalla, cuando se insinúa un síntoma nuevo, cuando no entiendo lo que está pasando y quiero saber. Esa sensación de que el mundo es un lugar desconocido pero el periodismo puede acompañarte a interpretarlo es lo que nos sostiene”.

Cristian Alarcón

Nunca sentí interés por escribir sobre la tercera edad. Hasta hace muy poco, “personas mayores” era un concepto que para mí remitía a un campo aburrido, monótono, predecible. Bien, no pretendo lavarme las manos de mis prejuicios. Sin embargo, creo que hay mucho de social en mis preconceptos sobre esta población. En más de un sentido, se corresponde con lo que —aprendí después— el psiquiatra Robert Butler llamó medio siglo atrás “viejismo”, es decir, un conjunto de discriminaciones que se atribuyen a las personas mayores en función de su edad. Pero las cosas cambiaron con la llegada de la pandemia Coronavirus. Tantas, si lo sabremos.

El 3 de abril del 2020, apenas se cumplían los primeros catorce días del aislamiento social obligatorio cuando, con la autorización del Banco Central, distintos bancos en todo el país reabrieron su atención presencial para el pago de jubilaciones, pensiones y planes sociales de aquellas personas que no contaban con tarjeta de débito. Mientras la cuarentena acababa de alargarse hasta el 12 de ese mes, aquella mañana, noticieros y diarios retrataron con indignación largas filas de adultos mayores esperando, algunos desde la noche anterior, para cobrar.

Con la llegada del COVID-19, quienes tenían más de sesenta años, junto a quienes padecían enfermedades respiratorias o cardiovasculares, o bien afecciones crónicas, habían pasado a integrar los denominados “grupos de riesgo”. Por presentar mayor vulnerabilidad de contagio, les tocaba extremar sus cuidados más que nadie, y lo mismo se instaba a hacer a la sociedad civil para con ellos. No obstante, ahí estaban. Jubilados de toda la Argentina esperando a la intemperie por largas horas para cobrar.

El hecho no tardó en causar revuelo. Un artículo de Infobae de ese día dice así:

El panorama es impresionante. Desde anoche, decenas de personas —en un gran número adultos mayores— comenzaron a hacer fila en la vereda para poder cobrar. Muchos llevaron banquitos o reposeras y frazadas, para soportar las bajas temperaturas de la madrugada. En casi todas las entidades del conurbano bonaerense se registraron más de 4 cuadras.

En lo que a mí respecta, contemplé las escenas de la tele desde la comodidad de la cocina de casa y, sin embargo, una extraña molestia, sutil pero duradera, me removió por dentro. En la pantalla de TN, las imágenes mudas de los jubilados enfundados en polar y chinelas se mixturaban, eran el telón de fondo de una comunicación telefónica entre periodistas y una gerontóloga, los primeros planos capturaban sin aviso los rostros transformados por el gesto que imprime el cansancio y el frío, al tiempo que los especialistas tejían un compungido intercambio. Recordaría esas imágenes sin tener del todo claro el por qué.

La periodista colombiana Patricia Nieto tenía la misma edad que yo por entonces cuando, dice, aconteció un episodio que se le fijó en la memoria para siempre y que se convertiría en el disparador de todo su trabajo: “Frente a mi mirada luminosa de los veinticinco años apareció la hilera de ranchos enfrentando la lluvia y una mujer que nerviosamente estiraba la mano rogando una moneda, mientras protegía su cuerpo detrás de la puerta” (Falbo, 2007: 141). El suceso le provocaría una perturbación incesable. A Nieto le había bastado un solo encuentro con una mujer para que se sintiera llamada a investigar y escribir, a sumergirse de pies y manos en el mundo cuya puerta acababa de abrir aquella desconocida, y que era el universo de todas las mujeres que habían sido expulsadas de sus campos hacia las grandes ciudades por el conflicto armado colombiano.

A mí, me hizo falta leer a Nieto para comprender que la noticia de los jubilados esperando frente al banco, había funcionado como un clic. Una “epifanía”, podría decir en palabras de la periodista, que es para los cronistas “el momento sagrado; cuando el deseo de conocer se revela nítidamente como una posibilidad para la acción intelectual” (2007: 141). Y ese deseo de conocer, en mi caso, estuvo motivado principalmente por la sospecha, por el descreimiento ante el relato del poder, que hablaba de la tercera edad sin realmente dejarla hablar.

Desde el inicio de la pandemia, las personas “+60” cobraron visibilidad para nuestra sociedad contemporánea como pocas veces. Pero ¿qué tenían ellas para decir al respecto? Empecé a preguntarme qué pasaba con quienes, debido a su fecha de nacimiento, habían sido identificados como parte de las poblaciones más vulnerables y, en efecto, invitados a intensificar las medidas sanitarias. ¿Cómo pasaban sus días? ¿Había modificado el contexto pandémico el curso normal de su vida? ¿Realmente se sentían a gusto dentro de casa? ¿Estaban tranquilos, aburridos, angustiados, ansiosos? Quería conocer su experiencia de primera mano. Para mí, por primera vez, los adultos mayores eran más bien una pregunta antes que una certeza.

Distanciamiento social mediante y todo, más o menos estricto, empecé a notarlos cada vez más cerca. Uno tras otro, se cruzaban en mi camino y mis ojos curiosos, ahora sí, estaban

alertas: Las vecinas del barrio que solían asistir religiosamente cada día al Centro de Jubilados “Nuestros Días Alegres” y que ahora ya no podían hacerlo; Alejandro, el enfermero amigo de la familia oficialmente jubilado que, sin embargo, continuaba ejerciendo en el vacunatorio más grande de San Martín; los mayores de Tres de Febrero, el municipio vecino, donde trabajaba cuando comencé este proyecto; Mirta, que atravesaba las mil y una entre hospitales y el paso al geriátrico, y a cuya historia llegué a través de su sobrina, mi jefa por entonces. Tantas historias más que por motivos de extensión deberán quedar para otra oportunidad.

Al mismo tiempo, se me ocurrió preguntarme qué me pasaba a mí con esta población, por qué hasta entonces nunca me había causado el más mínimo interés asomarme a su mundo y, en ese sentido, cuánto de social había en mis prejuicios.

Así que de esto van las crónicas de esta antología. De las personas mayores. De las experiencias de algunas de ellas en tiempos de pandemia. De lo que pensamos sobre los mayores, también.

Últimos frutos

Los sábados suele pasar que, de vez en cuando, está preparando la cena y alguien la llama. Antes de contestar, ella sabe que del otro lado del auricular escuchará la voz de alguno de sus *jubis* que le dirá “¡Ay, Rosita, me equivoqué, perdón!” pero igual siempre atiende porque se da cuenta de que en realidad no fue un error. Entonces, mientras cocina, charla, y de paso a ella también se le hace más ameno.

—Hemos tenido cumpleaños con su familia, te abren la puerta de su casa —asegura Rosa. Dice que los quiere a todos, aunque después confiesa: tiene sus favoritos. Uno de ellos, Huguito, que está en el Arco Iris, una residencia para personas mayores de Ciudadela.

Rosa es empleada del ANSES (Administración Nacional de la Seguridad Social) desde hace más de once años. A este organismo descentralizado, creado en 1991 dentro del ámbito del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, le corresponde administrar las prestaciones y servicios nacionales de la Seguridad Social en la República Argentina. El Pago de Jubilaciones y Pensiones es una de sus principales funciones, junto a la gestión de las Asignaciones Familiares, los subsidios por desempleo, y las Asignaciones para Protección Social como la Universal por Hijo y Embarazo, entre otras.

El viernes 28 de mayo de 2021, a Rosita le toca atender la vacunación contra la gripe que se está llevando a cabo en una asociación italiana del barrio de Villa Bosch. Son las nueve y media de la mañana y es un día templado, como si el clima estuviera dándole tregua a quienes hoy les toca levantarse temprano y salir a la calle para venir hasta acá. También asisten a la jornada representantes del área de Tercera Edad de la Municipalidad de Tres de Febrero. Según el sitio web oficial del municipio, el objetivo de este sector perteneciente a la Dirección de Promoción Social y Derechos Humanos es llevar a cabo políticas públicas que promuevan el desarrollo y la integración de las personas Adultas Mayores. En todo el distrito hay al menos cincuenta Centros de Jubilados, distribuidos entre las localidades de Caseros, Ciudad Jardín, Ciudadela, El Libertador, José Ingenieros, Loma Hermosa, Martín Coronado, Pablo Podestá, Sáenz Peña, Santos Lugares, Villa Bosch y Villa Raffo. En la página, se facilita la ubicación de cada Centro y luego se invita a quien lo desee o necesite a acercarse al más cercano “cuando pase la cuarentena por el coronavirus”.

A la asociación se ingresa por un acceso lateral, una pequeña puerta metálica que parece como introducida a último momento en aquel costado izquierdo de la imponente fachada del colegio Molisano Monforte. El edificio es moderno, de paredes azules y escaleras de mármol reluciente. El segundo piso es una enorme pecera de ventanales de vidrio súper pulcro a

través de los cuales —en condiciones normales— chicos y chicas adolescentes miran el cielo y sueñan con un futuro lleno de éxito profesional y superación constante. En la planta baja, frente a la entrada de la izquierda, hay una pequeña escalera. Esta mañana, por allí entran quienes, detrás del cristal de los lentes, se concentran en sus pasos, procurando levantar los pies y superar, con calma pero con éxito, los tres escalones que los separan de la puerta de entrada.

Rosa espera a sus *jubis* adentro. Tiene la mitad de la cara cubierta por el barbijo azul marino. Los ojos, de color marrón oscurísimo, brillan de un modo particular, como si estuvieran sonriendo tiernamente, o a punto de llorar. Se mueve con una urgencia suave, eficaz pero amable, y siempre mira al hablar. Desde ahí está contándome que ayer y los días anteriores estuvo llamando a los mayores del partido para citarlos a vacunarse. Ella sola se comunicó con todos en Caseros y Ciudadela.

—La reacción fue de agradecimiento. El *jubi* siempre agradece, no va a criticar. Vos llamás por la vacuna, pero ellos te hablan del nieto, del hijo. Necesitan hablar —afirma.

Antes de cortar, Rosita repasa la documentación que deben traer. Les resalta que, por favor, vengan a la hora que les toca. Los *jubis* se ríen: “Nosotros vamos dos horas antes siempre ¿no?”, le dicen, quizás recordando aquel episodio cuando, a comienzos de abril del año pasado, apenas decretado el aislamiento social obligatorio producto de la llegada del Coronavirus, miles de jubilados se agolparon frente a los bancos para cobrar su pensión. Pero hoy algo sucede, la puerta permanece sin aglomeraciones.

Los dos chicos de la Municipalidad que receptionan a quienes llegan parecen incluso entusiasmados cuando, finalmente, se acercan dos señoras. Toman sus datos con atención y una amabilidad casi exagerada. Ellas —metro y medio de altura, sesenta y pocos de kilos cada una— se mueven a la par. Aferradas la una de la otra, los brazos son dos cuerdas delicadas pero que se entrelazan con firmeza. Forman un nudo humano que las mantendrá en tensión constante, logrando el equilibrio que las sostiene; y también, el potencial peligro de una caída doble ante el tropiezo de alguna. Pero ellas confían, y así, sin soltarse, superan la escalerita.

—Buen día, mi amor —las saluda Rosita.

Mientras el guarda escanea las frentes de las señoras para tomarles la temperatura, Rosita me cuenta que ayer tuvieron la primera clase de inglés virtual. Ella estuvo asistiendo a la profesora y dice que resultó un éxito.

—Se conectaron veintiocho *jubis*. Impecable. Mi hija estaba al lado ayudándome y decía: “cómo prestan atención cuando les interesa algo”. Y es así. Si no, no se anotan. Sorprendió

porque venían enganchados con el bingo. Ahí participan todos porque a la tercera edad, viste, le encanta jugar. Inglés era más loco.

El curso forma parte de la oferta de talleres a distancia para personas mayores que brinda Tercera Edad en el marco de la comunidad virtual “3F desde Casa”.

—Participaron en el Zoom como los chicos, pero con más responsabilidad, porque cuando no entendían, volvían a preguntar. No tienen otra cosa que hacer ahora. Pobres, están encerrados todo el tiempo.

Después de que el guarda rocía las manos de las mujeres con el alcohol, Rosa las escolta desde la recepción hasta el salón, donde han montado el circuito de vacunación.

La encontré en el salón. Dora, una de las jubiladas de la zona, esperaba su turno sentada en una de las sillas de patas de hierro negro y tapizado azul de la última fila. Los lentes de vidrio grueso descansando sobre la nariz, las uñas cortas y sin pintar sobre el pantalón. Me alegró cruzarla, el cultivo suele tenerla muy ocupada.

Me acomodé frente a ella guardando la distancia reglamentaria, dejándole un ángulo óptimo para que, tras de mí, pudiera cada tanto echar una miradita hacia la mesa de vacunación, no fuera cosa que la llamaran y se lo perdiera por estar charlando.

—Hace tres años que estudio Historia del Arte, ahora empecé Filosofía y Sociología. Los viernes estoy haciendo un taller, Cuentos para Reflexionar. Ese me encanta, porque las profesoras nos hacen leer un texto y después nos piden la opinión de lo que cada uno interpretó.

De joven, Dora completó hasta el colegio secundario. A los diecinueve, le tocó elegir entre dos alternativas para entonces excluyentes: obstetricia o casarse. Se quedó con la segunda. Tuvieron que pasar varias décadas, la viudez, su jubilación y una pandemia antes de que volviera a estudiar.

—Los lunes empecé un curso que es sobre el uso del celular y las nuevas tecnologías, con eso los mayores tenemos problemas. Para no molestar tanto a los hijos, ni a los nietos.

Y Dora tiene razón. En nuestro país existe una brecha digital entre las personas mayores y el resto de la población. El manejo de las Tecnologías de Información y Comunicación (TICS) por parte de las personas mayores fue uno de los puntos en los que profundizó la Encuesta Nacional sobre Calidad de Vida de Adultos Mayores (ENCaViAM) de 2012, la primera —y hasta ahora, única— encuesta nacional sobre la temática. En este sentido, el estudio detectó,

por ejemplo, que el 64% de este grupo no usaba el cajero automático por sí solo. Respecto al teléfono celular, quienes no lo manejaban sin ayuda representaban el 44,5%. En uno y otro caso, los porcentajes de no uso aumentaban a medida que avanzaba la edad. Sin embargo, sobre todo a partir del Coronavirus, las cosas han cambiado un poco. Algunos, como Dora, encontraron en el aislamiento una ocasión oportuna para adquirir herramientas teóricas y prácticas en este campo.

Todas las capacitaciones que ella toma son gratuitas y a distancia, y muchas forman parte del Programa Universidad para Adultos Mayores Integrados, llevado a cabo de forma conjunta entre la Universidad de Tres de Febrero (UNTREF) y el Programa de Atención Médica Integral (PAMI). Si bien la iniciativa se creó en el 2011, en septiembre del 2020 y a raíz del COVID-19, se trasladó al escenario virtual, con el objetivo de que las personas mayores —las que cuentan con Internet en sus casas, con los dispositivos necesarios y saben cómo utilizarlos, claro— puedan continuar cursando desde el hogar.

De forma similar descubrió la huerta.

—El año pasado, cuando empezó la cuarentena, arranqué con repostería y cocinaba esas cosas que no debemos comer seguido. Empecé a revolver ollitas y todo, pero cuando vi que se me ajustaba el pantalón dije “por acá no es”. Un día, en la cocina había brotado un diente de ajo. Lo puse en un frasquito y empezó a crecer y crecer.

El acontecimiento la entusiasmó, y se anotó en el taller virtual Huerta Familiar, dictado por un ingeniero agrónomo del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA).

—Siempre tuve fondo en casa, pero nunca me había dedicado a cultivar.

Formaba parte del Curso para la Comunidad del Ministerio de Educación de la Nación, que a través de Educ.ar Sociedad del Estado, brindaba unos veinte de ese tipo, clasificados hasta entonces en cuatro categorías: “Haciendo en casa”, “Habilidades y herramientas para el trabajo”, “Computación” y “Comunicación y colaboración”.

—Fue muy bueno. El ingeniero te enseñaba desde cero hasta que aprendías a hacer un almácigo. Además, le podías preguntar todo. Todavía lo tengo como amigo en Facebook, cada tanto lo consulto. A veces las cosas suceden en el momento justo.

Ese mismo día, por la tarde, Dora hundirá las manos en la tierra. Hará un agujero. Cada semilla, un hueco. Negociará con las vueltas del sol, la lluvia, los bichos que se mueven bajo los pies. Se resignará a la espera.

—Ay, la cantidad de bailes a los que he venido en este lugar —recuerda otra *jubi*, mientras camina agarrada del brazo de Rosita por el pasillo externo, hacia el salón.

—Todo el mundo habla de eso, de los bailes. ¡Cómo habrán chapado acá, eh! —ríe su guía. Después, en privado, me dirá—: Los *jubis* encaran la vida desde las fiestas, los viajes. Como cuando vos te fuiste a Bariloche de egresada. Es como si ellos lo tuvieran ahora.

El salón es un espacio ridículo, desencajado. Es la música tecno a todo volumen del coche que pasa por la esquina de casa el domingo a la mañana. Pareciera que en el techo comenzó una fiesta que nunca llegó a celebrarse, que debió dejarse por la mitad. Entre los telones blancos que cubren el cielorraso, asoman dos expectantes bolas de espejos. Cuelgan sobre la cabeza de una docena de personas con pocas ganas de levantarse de sus asientos, unas sillas de hierro que se empaican, tercas, en medio de lo que solía ser una pista de baile. Cada tanto, la brisa arranca algún destello del cartel que desea “FELIZ CUMPLEAÑOS” en papel metalizado y que nadie nunca despegó de la pared. Abajo, el piso gris de granito y una mesa larga de plástico, sin mantel ni sanguchitos, con jeringas. El salón es un show de Madonna en un hospital.

Los asientos son más que suficientes y el circuito es simple. Delante de la primera fila, se ha montado la mesa de vacunación, donde la directora de Tercera Edad y un enfermero reciben la documentación. Después, proceden con el pinchazo. En el salón, Rosa entrega sus *jubis* a su compañero y vuelve a la entrada. Ahora le toca a él ubicar a cada uno en un espacio y llevar el control del orden para pasar. Debe procurar que permanezcan separados unos de otros, que no se junten, que se cuiden.

—Pero María se encuentra con Juan, que lo conoce del barrio, o del centro de jubilados, o de la vida. Y le dice: “¡Hola, Juan!” —y ahí, me explica Rosita, tienen que andar viendo cómo hacer para acomodarlos.

Sin embargo, en tiempos de pandemia, las alegrías escasean y las partidas abundan frente a los encuentros. Y las hojas se retuercen, inútiles, frente al verde pálido que augura el cambio de estación.

Un día, como cualquier otro, alguien llamó a Rosita, pero esa vez fue distinto. Apenas contestó, Rosa reconoció la voz que hablaba desde el otro lado del auricular. Era Huguito. Y esa sería la única certeza que tendría de allí en adelante.

—Yo estaba negada, pensaba que a él no le iba a pasar nada. Ese fue mi error. Él tenía miedo de hacerse ver el corazón por el COVID-19.

Antes de eso, Rosa creía que Huguito, su *jubi* preferido, el que incluso la había invitado a pasar su cumpleaños con su familia, era inmune. No obstante, ahí estaba él, hablándole como

siempre, pero desde una cama que no era la suya, ni la de Arco Iris, sino la de una sala de Terapia Intensiva.

Cuando cortó, sentada en la cocina, Rosita se aferró al calor de su taza.

—Mi nena, que tiene catorce años, me consolaba. Me decía “No, no llores, ma, no llores más”, y me hacía un mate cocido. Todos mis *jubis* son grandes, pero las pérdidas son golpes, porque son parte de tu familia.

A los pocos días, Huguito falleció. Como la muerte se debió a una falla cardíaca y no al Coronavirus, hubo velatorio. Recientemente, el Cementerio Parque Municipal Tres de Febrero, en Pablo Podestá, había reabierto sus puertas para las visitas bajo protocolo sanitario.

La mañana en que a Rosita le tocó su turno, el cielo era una cúpula de concreto que caía gris y pesada sobre el cementerio. En la vereda, su mirada se encontró con la de la hija de Hugo. La distancia protocolar las obligaría a detenerse una frente a la otra, y a improvisar palabras que saldrían como escupidas, eyectadas por la incomodidad que produce forzar una frase allí donde sólo cabe lugar para un abrazo, una mano en el hombro, el contacto cálido y mudo de un cuerpo contra el otro.

—Entonces la hija me dice “Rosita, ¿vos sabés que el último llamado de mi papá te lo hizo a vos?”. Ahí decís, bueno, esto no es un trabajo.

A Dora le cuesta agacharse, así que pocas veces cultiva directo en la tierra. Casi siempre lo hace en cajones, en latas de dulce.

—Lo que crece en casa no tiene nada que ver con lo que se consigue en el mercado — asegura. Cuando comenzó el verano de 2020 las restricciones se flexibilizaron. Pero entrado el otoño del año siguiente la subida de casos fue exponencial a nivel nacional y, con la llamada “segunda ola”, el Gobierno Nacional estableció nuevas medidas de prevención. El conurbano bonaerense se identificó como una de las zonas de “Riesgo Alto” y en consecuencia, se dispusieron renovadas restricciones en horarios de circulación y actividades permitidas. Nada de reuniones sociales en domicilios particulares. En espacios públicos al aire libre, hasta diez personas.

El viernes previo a que cortaran nuevamente, Dora se reunió con sus amigas de la secundaria, con quienes ya superaron los cincuenta años de egresadas.

—Nos juntamos cada quince días. Antes merendábamos, jugábamos al Burako y después cenábamos. Ahora cambiamos. Almorzamos, jugamos y cada una a su casa. Aquel viernes estaba planificado y no quisimos perder la oportunidad. Tenemos muchos años ya. Si una se desconecta de la gente que quiere, tampoco se puede. Si no, yo creo que nos vamos a quedar sin el COVID-19 pero con problemas psicológicos. No estar en contacto con personas es lo peor que podemos pasar.

Ahora, Dora está cosechando zapallos. Recién termina los últimos tomates, ya no hay más. En este momento están apareciendo las lechugas, las rúculas.

—Cuando nos encierran me hago una lista. Voy a comprar, vengo rápido, dejo todo en casa y me lavo las manos. Total, después estoy sola. Salvo que *el bicho* me pase a buscar —bromea. Enseguida, con una sonrisa casi desvanecida, agrega—: Está peligroso.

Entonces, hundir de nuevo las manos en la tierra. Escarbar hasta que las uñas queden negras. Tomar con prisa los últimos frutos, antes de que se echen a perder. Saborearlos despacio. La boca impregnada de un sabor agridulce, mitad el dulzor del alimento que nace y crece en el hogar, mitad la amargura de saber que se termina, la llegada de la inevitable despedida. Otro hueco más. Cada hueco, una semilla. Ahí están siempre el sol, la lluvia, los bichos que se mueven bajo los pies. Volver a resignarse a la espera. Tapar y olvidar. No para siempre, sino un olvido parcial, estratégico. Olvidar para soportar mientras tanto, acá, arriba de la tierra. Las manos se mueven por la esperanza del próximo brote. Plantar, tomar y despedirse. Plantar, tomar y despedirse.

La Independencia

—Yo me voy. No soporto más esto —les había lanzado la rusa en la enfermería.

—Bueno, pero espere, piénselo. ¿A dónde va a ir? —le habían respondido en la Dirección de la Independencia.

La rusa había arribado a la Argentina quince años atrás. No llegué a conocer el motivo que la empujó a abandonar su tierra natal para radicarse en el sur de este continente. Pero sí supe que del otro lado del globo había dejado sus hijos, su vida. También, que acá era una mujer muy activa, que pasaba poco tiempo dentro de la residencia, la usaba prácticamente para dormir. Esa mañana, no lo pensó, y se fue sin dejar un número de contacto, una dirección, nada. Desapareció. Primero le dieron una licencia, para que no perdiera su lugar.

Al tiempo volvió. Había decidido irse a vivir a provincia, renunciaba a la prestación. No sería la única.

—Hubo personas que no lo toleraron, y yo toleré que se hayan ido. Eligieron —dice Norma, trabajadora social de la Independencia, la residencia del Programa de Atención Médica Integral (PAMI) donde presta servicios desde 2014—. Hubo revinculaciones, algunos volvieron con sus familias, está bueno también. Otros murieron de Coronavirus, o por otras causas, y otros se fueron. Una dice “nosotros los cuidamos tanto y se fueron a unos hoteles horribles” y bueno, no aguantaron el encierro. Hasta se puede entender. Lo que pasa es que tienen ingresos muy bajos, entonces van a vivir a pocilgas, a hoteles terribles.

Es una tarde de junio de 2021. Norma tiene sesenta y cuatro años y, además de trabajadora social, es psicóloga social y especialista en gerontología, área en la que se desempeña hace treinta años. Detrás de ella, del otro lado de la pantalla, asoma un antiguo armario de madera con puertas de cristal. Al lado, una réplica de “Suspiros de sal: Muchacha en la ventana”, de Salvador Dalí. En la pintura, una mujer vestida en un camisón blanco y celeste apoya los codos en el alféizar. Le da la espalda a una habitación que es una pared rosa pálido y un piso de madera clara. Su atención está en lo que hay allá afuera: el mar azul, el cielo inmenso, el puerto. La brisa de la costa se cuela y le sacude las cortinas.

—La gerontología para mí ha sido como un viaje de ida con algunos *breaks* —sostiene Norma—. Intenté trabajar con familias vulnerables y con chicos, hasta que dije “no, no es lo mío”. Lo mío es la gerontología.

Según la última encuesta de la Dirección Nacional de Adultos Mayores (DINAPAM) del Ministerio de Desarrollo Social, en Argentina el 1,3% de los adultos mayores está institucionalizado. La Independencia es una de las cinco residencias del PAMI para personas

afiliadas autoválidas mayores de sesenta años. El objetivo de estos espacios es cubrir sus necesidades habitacionales y alimentarias, y disponen de un equipo de profesionales del área psicológica, médica y de enfermería. Cada residencia lleva el nombre de la calle en la que se ubica y, en condiciones normales, funcionan como instituciones de puertas abiertas.

Ahora las condiciones no son normales, y de la Independencia se llega a ver sólo su fachada: una casona antigua de paredes de cemento gris, una pesada puerta de madera, ventanas también de madera acorazadas con rejas negras, y un cartel de mármol frío y duro que anuncia: “PAMI RESIDENCIA PARA MAYORES”. Cuenta con capacidad para treinta residentes, pero en este momento sólo aloja a trece.

En mayor o menor medida, Norma parece comprender a la rusa.

—Te jugaste la vida ¿y te vas a quedar encerrada? —se pregunta.

El 2020 había comenzado, como cada año, con una reunión entre el equipo profesional y los residentes.

—Yo dije que quería trabajar la paciencia. Propia, y la de los demás. Y fui muy celebrada —recuerda la trabajadora social.

“Ten cuidado con lo que deseas”, dice un proverbio chino. Un par de semanas más tarde, durante los primeros días de marzo, el Coronavirus llegaba a la Argentina.

Paula se esfuerza por mantener la mirada concentrada en el parabrisas. Duda en atender, pero quien llama insiste, podría ser importante. Entonces contesta. La voz que la saluda es seria.

—Estamos buscando a Paula. Necesitamos conversar con un familiar de Mirta.

—Sí, soy yo —responde ella, forzando un tono relajado—. No puedo hablar en este momento, estoy manejando.

La llaman del PAMI.

—Es urgente —asegura su interlocutor—. Alguien debe acercarse al Hospital Sirio Libanés.

Paula echa un vistazo por el espejo retrovisor. En el asiento de atrás, su hijo le está mostrando algo en su celular al primo. Parece interesante. Paula vuelve rápidamente a la ruta.

—En la lista de familiares, debajo de mi nombre, están mi prima y mi hermano. Llamalos, van a ir lo antes posible. Dejo a los chicos y voy para allá.

Paula maneja los cuarenta y cinco minutos restantes hasta Moreno barajando la lista de posibles noticias que, sabe, es acotada. La tía Mirta está internada hace una semana, desde

que se cayó en su casa y se descompensó. Es cierto, ella es mayor pero no tanto, a sus setenta y tres años la cabeza le funciona de diez. Pero también, es verdad, las tiene todas en contra: obesidad, diabetes, EPOC. Y ni hablar del contexto, que no ayuda, es principios de abril del 2020 y el COVID-19 está recién llegado.

Hasta hace poco, Mirta vivía sola en Devoto, en la casa a la que se mudó para cuidar a sus padres y después, a sus hermanos, hasta que todos fallecieron, tiempo atrás. Nunca se casó, nunca tuvo hijos. La que suele cuidarla es Paula.

La primera Encuesta Nacional Sobre Calidad de Vida de los Adultos Mayores (ENCaViAM) que realizaron en conjunto en 2012 el Instituto Nacional De Estadísticas y Censos (INDEC) y la Dirección Nacional de Políticas para Adultos Mayores (DINAPAM), halló que el 41% de esta población recibe habitualmente ayuda de algún familiar o conocido que no vive con él. Mayormente se trata de las hijas mujeres, seguida de los hijos varones, nietos y vecinos. Por lo general, la asistencia principal es la compañía, pero también las compras, los mandados y las tareas del hogar.

Hasta principios de marzo, una cuidadora visitaba a Mirta dos veces por semana para limpiar, comprar lo que necesitara y alguna cosa más. Pero con la pandemia, dejó de ir. Su familia — tres sobrinos, dos del hermano, una de la hermana; una cuñada, un cuñado— se organizó, dividió los días, se arregló para estar.

El día que no pudieron estar, que no llegaron, Mirta se cayó. La encontraron descompensada en el piso del baño, horas más tarde. La ambulancia la llevó al Hospital Zubizarreta, el más cercano a su casa, pero estaba funcionando como sede COVID-19, así que la dejaron en una camilla en el pasillo durante veinticuatro horas, hasta que, finalmente, la trasladaron al Sirio Libanés.

Ya con los chicos en casa de la abuela, Paula llama a su hermano.

—Che, boludo, me acaban de llamar del Sirio Libanés. No sé qué carajo pasó con la tía.

—Sí, sí, ya se contactaron —responde él. Después de una pausa, agrega—, bueno gorda... tranquila. Era de esperar.

Paula vuelve a subir al auto y encara para Devoto masticando la noticia: la tía está muerta.

Afuera del hospital, los hermanos se encuentran. Se abrazan fuerte, largo, en silencio. Están entrando, disponiéndose para caer en la cuenta, cuando escuchan los gritos de su prima, que llegan desde el interior del edificio.

—La puta madre, qué quilombo está haciendo —masculla él.

En la recepción, se disponen a calmar el escándalo, pero su prima, el rostro transformado en un gesto desencajado, los ataja primero. Antes de que terminen de procesar la noticia de “la tía muerta”, con las pupilas desorbitadas y pulso frenético, ella les anuncia que no, que todo es un desastre, que PAMI, o el hospital, o los dos, se equivocaron. “La tía vive”, concluye con una carcajada amarga.

Paula necesita ver para creer, y entra a la habitación. Entre las camas, reconoce la figura fresca, prominente, de su tía. Mirta la saluda con la manito.

—Yo no me morí —confirma.

La muerte se había detenido en la cama de al lado.

—Tía, la puta que te parió —dice Paula.

Por primera vez en el día suspira. Después, se ríe.

—En Argentina, las políticas de adultos mayores están reguladas por la Convención Interamericana de los Derechos del Adulto Mayor, a la cual no adhieren todos los países del mundo —explica Romina, la directora de la Independencia. La conexión es mala, pero a ella parece no importarle. Sentada en su oficina, aguarda frente a la pantalla de su celular, y vuelve a intentar con el gesto amable, impasible, de quien está acostumbrada a esperar.

—Todas las residencias del país deberían ser de puertas abiertas, aunque eso no sucede en muchos geriátricos. Las instituciones por mucho tiempo fueron “de puertas cerradas”. Pero acá la persona entra, sale, queda bajo su responsabilidad lo que haga. No tienen que pedir permiso para irse.

Romina habla con los codos sobre el escritorio, y todo el peso de su cuerpo apoyado sobre dos brazos tatuados. Detrás de unos lentes modernos, de marco grueso, mira con ojitos sonrientes. Entró en PAMI cuando tenía dieciocho años. Estudiaba psicología y deseaba trabajar con niños. “Es un tiempo y me voy”, dijo entonces. Hoy, es Magíster en Psicogerontología y lleva veinticuatro años en el Programa.

—Quien no trabaja con adultos mayores ve en ellos algo que no cambia, monótono, como un imposible. Es una tarea imposible, pero te trae muchas satisfacciones —asegura.

Cuando en marzo de 2020 se decretó el aislamiento social obligatorio para todo el país, las personas mayores de sesenta años fueron señaladas como una de las poblaciones de mayor riesgo, y se les instó a “quedarse en casa”. En las residencias, las visitas se cortaron

completamente. Además, si un beneficiario salía, para ir al médico o para hacer algún trámite, luego se lo obligaba a aislarse en su cuarto durante catorce días.

—Nos convertimos en una institución que no queremos ser, en un ámbito casi hospitalario —dice la directora—. Estamos todo el tiempo con el barbijo, con el equipo de protección, cambiándonos cuando ingresamos. Siempre propiciamos mucho las actividades afuera, con la comunidad, con hogares de chicos, jardines. Ahora, de repente, los viejos no tienen nada.

La cuarentena de Argentina fue más extensa incluso que la de Wuhan, donde nació el COVID-19. En teoría, el aislamiento social estricto duraría hasta el 31 de marzo de 2020. Pero la cosa empezó a alargarse. El cierre total decretado por el Poder Ejecutivo se extendió, durante ese año, hasta el 28 de junio. Cien días. Con el tiempo, para gran parte de la población algunas restricciones mermaron. Pero para las personas adultas mayores, las alternativas fueron pocas.

—Acá es el día de la marmota. Todos los días son iguales —sostiene Romina.

La Independencia permaneció impenetrable hasta agosto de 2020. Cuando el virus entró, el grupo de positivos fue trasladado. Los que se quedaron ya no sólo tenían prohibido irse de la residencia y volver a ingresar, ahora tampoco podían salir de sus dormitorios, siquiera.

Norma, la trabajadora social, dice que fue devastador.

—Nosotras pasábamos a las habitaciones incluso de los casos sospechosos porque nos parecía que era importante sostener. Nos vestíamos cual *robots*, con ambo, máscara, con anteojos, con dos, tres barbijos quirúrgicos —recuerda.

El Coronavirus se llevó a dos residentes, ninguno portaba patologías de riesgo preexistentes. Antes, en la Independencia cada partida se abordaba en un espacio de reflexión. En grupo, el recuerdo del compañero perdido se ponía en palabras para que cada residente y trabajador de la institución pudiera recordar y ponerle nombre a esa muerte. Pero entonces faltó tiempo. Faltó espacio. Con algunos aislados en la residencia, otros en el hospital, otros en otro alojamiento, hubo poca oportunidad.

—En esas situaciones era importante poder, a pesar de todo, generar espacios para contener. El peligro era que avanzáramos sobre sus derechos en pos de cuidarlos.

Los derechos a los que se refiere Norma son aquellos que contempla la Convención, dentro de los cuales se encuentra el derecho a la independencia y la autonomía, que reconoce la potestad de la persona mayor a tomar decisiones y definir su plan de vida —artículo 7—; los derechos de la persona mayor que recibe servicio de cuidado a largo plazo, por medio del cual los Estados Parte se comprometen a proveer un sistema integral de cuidados que garantice la salud, los servicios sociales y la seguridad alimentaria, entre otros, para que la

persona pueda optar por quedarse en casa —artículo 12—; y el derecho a la libertad personal, que garantiza el disfrute del mismo y prohíbe que la edad justifique su privación arbitraria — artículo 13—, entre otros.

Incluso para una situación fuera de la regla, también hay una norma. En su artículo 29, la Convención garantiza la integridad y los derechos de la persona mayor en situaciones de riesgo, incluidos conflictos armados, emergencias humanitarias y desastres.

No obstante, la teoría resulta mucho más sencilla que la práctica. Para la Independencia, el contexto condujo a una reformulación constante, un tira y afloje permanente entre cuidar y dejar ser, entre atender y dar espacio.

Afuera, el mundo seguía girando. Ese mismo agosto, un puerto explotó en Beirut. También, desde ese mes, los incendios forestales intencionales depredaron los bosques de doce provincias argentinas. En octubre, cuatro mil efectivos de la provincia de Buenos Aires desalojaron la toma de Guernica. En noviembre, los Pumas vencieron por primera vez en su historia a los *All Blacks*. Días después, Maradona murió y lo velaron en el Salón de los Patriotas Latinoamericanos de la Casa Rosada. En diciembre, el Senado aprobó la Ley del Aborto. Mientras, los viejos, adentro.

Fue de cara a la primavera cuando la Independencia obtuvo el permiso para habilitar las visitas de familiares o amistades de los residentes.

—El protocolo era tan rígido que asumimos el riesgo y lo flexibilizamos —sostiene Norma—. Se suponía que tenía que estar Romina, o la cuidadora, o todos juntos, para que no se acercaran. Además, las visitas debían ser en la entrada de la residencia. Las hicimos en el patio, tenemos uno precioso, y los dejamos solos. Por protocolo debían durar menos de media hora, nosotros los dejábamos un poco más.

Pregunto si existe la posibilidad de hablar con alguno de los residentes de la Independencia.

—Lo vemos —responden.

La voz de Liliana es el rugido áspero, lastimoso, de quien se ha acostumbrado desde muy joven a fumarse los ratos libres a bocanadas, a consumirse en un pucho o dos ese espacio inútil, que rara vez es más que una brecha hueca entre deber y deber. Hace veinte años tomó un curso del Gobierno de la Ciudad para formarse como Auxiliar Gerontológica Domiciliaria (AGD). Tenía cuarenta y nueve años, estaba desempleada, era gratis. Antes de que la echaran

de su último trabajo, había sido oficinista, recepcionista, facturista, auxiliar contadora. Vivía en Villa Bosch, pero, como debía tener domicilio en Capital, usó la dirección de su mamá, que siempre vivió en Villa Pueyrredón.

—No te imponen edades, era lo único que podía hacer para conseguir trabajo. Llega una edad en la que no podés buscar ciertas cosas, entonces te abrís a otras —explica.

En su sitio web oficial, el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires declara que el Servicio de Asistente Gerontológico Domiciliario y Hospitalario ofrece “atención domiciliaria gratuita para personas mayores en situación de vulnerabilidad social, residentes en la Ciudad, **donde técnicos capacitados y acreditados por la Secretaría de Bienestar Integral**, — las negritas son del sitio web — brindan horas de asistencia gerontológica en el domicilio del interesado”. Para resultar beneficiario, es requisito tener sesenta años o más, residir en la Ciudad de Buenos Aires, integrar una familia “con ingresos insuficientes para contratar la prestación” y carecer de cobertura social que la contemple.

Liliana dejó de ejercer como AGD hace diez años y no piensa retomar. Dice que le afectó la espalda.

El trabajo —“sería un trabajo si fuese en blanco”, aclara ella— consiste en el amplio abanico de responsabilidades que puede abarcar el concepto de asistir a adultos mayores a domicilio. En algunos casos, esto significa preparar la comida, o sacar a la persona adulta a caminar, o acompañarla a hacer las compras. En otros, retirar la receta e ir a buscar la medicación.

—Tema aparte son los *postrados*, quienes, además de lo anterior, demandan también higiene, cambio de sábanas y de ropa.

La ENCaViAM de 2012 establece una distinción entre dos tipos de dependencia: básica e instrumental. La primera se relaciona con las dificultades que puede tener la persona para realizar actividades básicas cotidianas, principalmente de autocuidado. Cuando alguien requiere de ayuda permanente de un otro para desplazarse, alimentarse, bañarse, usar el inodoro, o cepillarse los dientes, por ejemplo; se dice que tiene dependencia básica. La dependencia instrumental, en cambio, considera la capacidad de llevar a cabo actividades más complejas a nivel cognitivo o motriz y que son necesarias para tener una vida independiente. Usar el teléfono o los medios de transporte, tomar medicamentos, entre otras. Esta clasificación excluye situaciones temporales derivadas de una enfermedad o accidente con diagnóstico de recuperación próxima.

Para entonces, un 23% de las personas de sesenta años o más tenía algún grado de dependencia básica o instrumental.

—En sí las tareas no son lo que te gusta más o lo que te gusta menos, yo no tenía drama con ninguna. El problema a veces son los adultos mayores, que no tienen muy buen carácter ni te tratan muy bien —asegura Liliana.

Datos de la encuesta, además, sostienen que la asistencia a las personas mayores con alguna dependencia básica recae principalmente en la familia —77,4%—, seguida por cuidadores no especializados —12,2%—, un amigo o vecino —5,5%—, y, por último, cuidadores especializados —3,5%—. Algo similar sucede con el cuidado de los mayores con limitaciones en actividades instrumentales, en tanto que son principalmente los familiares quienes se hacen cargo —casi un 80%—. En segundo lugar, cuidadores no especializados o el servicio doméstico —16,3%—.

Dice Liliana que, una vez, una beneficiaria la echó.

—Se iba de viaje y estaba armando las valijas con la hermana. Me senté y le dije: “¿en qué la puedo ayudar?”. Ella me dijo: “Ah, barreme el piso, barreme esto, barreme lo otro”. “No, yo no soy de limpieza. Yo soy una auxiliar, no puedo barrer” respondí. “Bueno, entonces, si no tenés nada que hacer, andate. Y tratá de no venir más”. Y me fui.

Una AGD no está para realizar tareas de maestranza, sin embargo, sostiene, la confusión es frecuente.

—Sobre todo cuando llegaba el tiempo de vacaciones, que además de tu caso tomabas el de una compañera para cubrirla, y la chica anterior le limpiaba la casa y vos, no. Yo no estudié un año para ser personal de limpieza —afirma.

Las auxiliares visitan cada domicilio tres días a la semana en los casos más complicados, los que requieren mayor asistencia, y dos en los más leves, en turnos de unas dos horas cada jornada. Lo más común es que visiten más de un adulto mayor por día. Los beneficiarios se asignan por zonas.

Liliana dice que trabajó en Belgrano, Palermo y Colegiales, y que llegó a atender hasta cuatro adultos por día. El pago por este servicio, completamente gratuito para los beneficiarios, lo realiza el Gobierno de la Ciudad. Entonces, esto era así siempre y cuando las cuidadoras cumplieran en tiempo y forma con el procedimiento. Una persona representante de cada domicilio visitado debía firmarles una planilla y luego ellas debían llevarla a la oficina en el Centro antes de que cerrara (a las tres de la tarde, aunque te tocara en Colegiales hasta las ocho de la noche). Hecho esto, entonces sí, algún día, se cobraba.

—A veces tardaban cinco meses en pagarme. Era complicado tener la plata para salir a trabajar, comer, pagar la luz y el gas. Los sueldos eran re bajos. Pero bueno, te manejabas. Como yo tenía muchos casos, me servía.

En algunas experiencias le fue mejor.

—Hay gente que es amorosa. Una señora tenía demencia senil, estaba con el marido, él estaba bien. Era divina. Te decía cosas de locos, pero lo hacía con tanta gracia que te matabas de la risa. Yo le daba de comer y se reía. “¿Qué estás haciendo conmigo, loca?” decía, y vos le estabas dando de comer. Era especial.

Ante la realidad inevitable, Liliana ha encontrado su método. La fórmula es infalible.

—Cada persona es diferente y tenés que llegar a tener una empatía, aunque no te guste, porque es una forma de conciliar una relación. A ella la obligan a tenerme a mí, y a mí me obligan a cuidarla a ella.

Durante la semana que dura la internación de Mirta, Paula, su hermano, y los demás, concluyen: la tía no puede vivir más sola. Buscan cuidadoras que trabajen igual, con pandemia y todo, encuentran dos. Una para asistirle durante el día, otra para la noche. El sistema dura pocos meses. Pronto, la cuidadora de la noche deja de ir. Paula resuelve. A la cena que prepara para ella y su hijo, le suma la porción para la tía. Comienza a ir cada noche a las nueve, le da de comer, la acuesta. Junto a la cama le prepara una mesa con agua, comida, el bastón, el control de la tele, la computadora. Todo lo que le parece que la tía podría llegar a necesitar hasta las ocho de la mañana, cuando llegue la cuidadora diurna. Antes de irse, Paula suplica:

—Dormite, y a otra cosa.

Para octubre, Mirta comienza a dormir en el sillón, desde donde puede liberarse más fácilmente en caso de necesitar ir al baño, travesía en la que insiste mientras se resiste a usar pañales. La cuidadora de la mañana a veces se retrasa, llega a las nueve. Una noche, camino al baño, se golpea, se lastima y se le produce una infección en las piernas.

Cuando finalmente logra que un médico de PAMI se acerque a atender a su tía, Paula ha rozado la desesperación, teme que le corten las piernas. El doctor la mira.

—Penicilina—receta.

Tras dos semanas de tratamiento, las piernas de Mirta parecen haber empeorado. Otra vez Paula llama a PAMI. Otra vez PAMI que no viene. Otra vez Paula se pelea con todo el mundo. Diez días después, viene otro médico. La mira.

—Sí, sí. Penicilina.

Al mes, las piernas de Mirta lucen como la cáscara áspera, verdosa de una mandarina podrida que se cae a pedazos dejando a la vista la carne viva. La tercera vez que viene un médico de PAMI, ya es diciembre.

—Penicilina.

Paula llora, le ruega entre lágrimas que por favor interne a su tía.

—No, no la vamos a internar. Con penicilina se tiene que curar —insiste.

Al día siguiente, Paula y su hermano están maniobrando con fuerza, pero también con cuidado, deslizando entre los dos, sobre el suelo, la corporalidad enorme pero frágil de la tía. Logran acostarla en el piso.

—Si no, no te van a internar y te vas a morir —le explican, antes de proceder.

Llaman al SAME.

—Se cayó —mienten. Después esperan.

La ambulancia llega. Paula explica. La médica del SAME se indigna. De nuevo, llevan a Mirta al Zubizarreta.

—Decidimos hacer esto porque mi tía empezó a hacer lío con la medicación —explica Paula—. Se aplicó insulina dos veces y terminó teniendo un delirio. Llegó mi hermano y la encontró hablando boludeces, se hizo pis encima. Casi se muere.

—¿Qué tratamiento está recibiendo? —pregunta la médica del Zubizarreta.

“Penicilina”, responden los sobrinos de la paciente. Para qué.

—Casi nos quería denunciar por abandono de persona por el estado en el que estaba mi tía —recuerda Paula—. Ahí me re calenté, se armó un quilombo importante en el hospital.

Ese día, la doctora confirma la hipótesis que, para entonces, ya han validado:

—Esto no se cura con penicilina.

—Creo que el año que viene me voy a... —Norma se toma un momento para respirar— a jubilar —concluye.

A pesar de la pandemia, la trabajadora social nunca dejó de ir a la Independencia, ni de usar el transporte público. Todavía recuerda las primeras semanas de restricciones. La ciudad encerrada y ella sola en el vagón, intentando no tocar nada. Andar en calles vacías escuchando sus pasos sobre el asfalto. Sobre todo, durante las “olas” de casos positivos, sus amigos y la familia la instaban a quedarse en casa.

—Me pareció importante seguir yendo, y elegiría millones de veces estar trabajando en esa etapa.

Cuatro años atrás, Norma festejó sus sesenta años con un fiestón que ella misma organizó. Invitó a sus amigos y familia a un bar con “re linda onda”, dice. Luego, escribió un artículo que llamó “Gerontología en primera persona”. También ha escrito varios cuentos y en la residencia suele organizar actividades de “Cuentos para reflexionar”, busca historias que funcionen como disparadores para luego hablar sobre eso en el grupo.

—A esta edad, a una le gusta transmitir. Por ahí es un embole. Mi hija me dice: “¡mamá!” — comenta riendo—. Una, cuando es más grande, quizás habla más porque vivió más, y tiene cosas para contar. Ha sido y es una etapa complicada, pero muy estimulante. A veces, ahora no tanto, me decían: “vos trabajás con personas mayores, qué fuerte, qué aburrido”. Yo digo, la verdad, es muy divertido. Muchas cuestiones tienen que ver con el deterioro, con la edad, con la muerte. Pero también, la vejez es la oportunidad de liberarte de un montón de cosas, de iniciar una etapa distinta, despojada, si uno la sabe atravesar. Si uno se resiste a la edad que tiene, es más complicado.

Para principios de junio de 2021 ya todos los residentes de la Independencia han recibido la primera dosis de la vacuna contra el Coronavirus, y el equipo profesional, dos. Ahora, esperan que los adultos mayores pronto puedan empezar a salir.

—No pedimos gran cosa, sino que por lo menos puedan dar una vuelta a la manzana.

Al día siguiente de haber llegado al Hospital Zubizarreta por su infección en las piernas, a Mirta la llevan al Güemes, donde pasaría internada cerca de cuatro meses. Sucedió que, una vez que habían logrado compensarla y la infección remitió, se contagió de COVID-19 —de no creer, asintomática—. Poco después del alta epidemiológica, tuvo una complicación respiratoria y terminó en Terapia Intensiva, donde permanecería el tiempo restante, ya que el resto del hospital estaba atestado de casos positivos, lo cual era un riesgo para ella. El tiempo que transcurre en el Güemes resulta suficiente para que cada uno en la familia, incluso Mirta, arribe a la decisión que parece inevitable.

—Yo no sé cómo voy a hacer cuando tenga que volver a casa —dice un día la tía.

Otro día, es su sobrina quien aproxima:

—Che, tía, no sé... no es tan fácil que haya alguien siempre para cuidarte. Yo también tengo a mi hijo y no puedo salir corriendo.

—No sé si voy a poder seguir viviendo sola —sugiere Mirta, en otra oportunidad.

—Eso no es vida para vos, no es vida para nosotros —prueba Paula.

Así, entre sugerencias inacabadas, se suceden los días. Hasta que una tarde se terminan las vueltas.

—Y sí. Me van a tener que terminar metiendo en un geriátrico —dice Mirta.

—Y sí —concluye Paula.

Entonces, la familia comienza a buscar espacio para la tía. Primero, conociendo el costo de los geriátricos privados, acuden a PAMI, donde les informan que tienen una espera de nueve meses.

—No pueden dejarla nueve meses acá —responden en el Güemes.

—¿Y qué pasa con la gente que no tiene opción?

—Sí, se quedan acá. Tuvimos una señora que se quedó seis meses hasta que se fue a PAMI.

O se mueren esperando, calcula Paula. Entre dejar a la tía en el Güemes hasta que PAMI le diera una cama, o bien, la tía muriera, lo que sucediera primero, la familia descartó las dos. Eligieron poner dinero de su bolsillo y, junto a la jubilación de Mirta —quien como exdirectora podía acceder a un ingreso un poco mejor que el promedio— llevarla a una residencia privada.

Desde aquel día y durante la internación, Mirta y su familia hablaban del tema en buenos términos. Pero los ánimos comenzaron a cambiar a medida que se acercaba el día del alta.

—¿Dónde me van a mandar? ¿Voy a estar sola en la habitación o voy a estar con otra gente? ¿Tiene ventana? ¿Tiene jardín? —preguntaba la tía.

—“Elegimos un geriátrico con una habitación para vos sola. Tiene un jardín enorme, permiten animales. Hay una señora que vive con un perro y hay un gato en la cocina. Y una nieta que va con su hijo que es un bebito”, le decíamos. Le contábamos lo que fuera, con tal de encontrar algo bueno donde no lo hay —explica Paula.

El día del alta, a Mirta la sacan a los gritos.

—¡No me quiero ir! —exclama.

—Mirta, ¿cómo que no te querés ir? —le dice uno de los médicos, el más paciente.

—Déjenme. ¡No me quiero ir! —insiste ella.

Su colega la aborda sin anestesia:

—Mirta, todos se van de este lugar en una bolsa negra. Dejate de joder.

Entonces Mirta se calma, y deja que la suban a la ambulancia que la llevará a la residencia.

Vacunas

Las primeras vacunas contra el Coronavirus llegaron a la Argentina en la Nochebuena del 2020. Se trató de un cargamento de trescientas mil dosis de la variante rusa Sputnik y su principal destinatario fue el personal de salud. Los adultos mayores de sesenta años, al ser considerados dentro de los grupos de riesgo, recibieron su turno poco después.

Alejandro, como enfermero y coordinador del vacunatorio del Parque Yrigoyen, ubicado en el Partido de General San Martín, fue uno de los encargados de gestionar las aplicaciones.

—Fue hermoso. Sobre todo, asistir a gente muy mayor. Uno se brindaba con todo el amor que puede tener encima. La gente lo entendía y lo devolvía. Ellos están con muchas disminuciones, físicas y mentales. No pueden abastecerse solos. Darle una mano a un ser humano es importantísimo, sea quien sea. Es lo mejor que podemos hacer, y es lo que mejor nos hace sentir.

Hablo con él por videollamada una tarde de agosto de 2021. Es un hombre de ojos claros, casi transparentes, de porte firme incluso sentado, aunque no es frecuente encontrarlo sobre la silla. Unas semanas atrás nos cruzamos de casualidad. Estaba parado en el umbral de su casa, y yo pasaba por ahí. Mientras me preguntaba por mis padres y por mis hermanos, como hace cada vez, me pareció verle un par más de canas sobre la cabeza que la última vez. Quizás parecían más por la calvicie avanzada.

Para entonces Yrigoyen ya era el vacunatorio más grande del partido.

—Empezamos con doscientos pacientes, y no me gustaba. Tremenda estructura para esa cantidad no servía para nada. Pero después de mucho trabajo, pasó a recibir a mil ochocientas personas.

Me sorprende escuchar algo así después de año y medio de pandemia, entre aislamiento más o menos riguroso, distancia social y demás. Pero a él le creo. Alejandro afirma que, hoy por hoy, no tiene dos días iguales. Algunos, arranca muy, muy temprano. Trabaja un poco con su hija, que vende ropa para niños, y él la ayuda repartiendo. Después, atiende a algunos pacientes por la zona.

Por desempeñar una actividad esencial, a Alejandro le tocó ser uno de los primeros en recibir la primera dosis. Quizás, también tuvo un poco que ver su edad. Mientras en la práctica, para los vecinos de Lynch sigue siendo el enfermero del barrio, en los papeles, tiene setenta y cuatro años y está jubilado. Según el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), más allá de los beneficios de la seguridad social, casi la mitad de los varones de sesenta a setenta y cuatro años continúa participando en el mercado laboral.

En los días de calor, la sobrina de Elba solía traer a sus hijos al parque y de paso, pasaba a buscar a su tía y la invitaba a dar una vuelta. Mientras miraban a los chicos deslizarse por el tobogán o jugar a la pelota, las mujeres tomaban mate a la sombra de un jacarandá. A veces, y si salían con tiempo, el padre de los chicos cocía alguna carne en una de las parrillas.

Pero ahora, en abril de 2021, en el Yrigoyen no hay niños hamacándose, ni picnics sobre el césped, ni carbones ardientes. Apenas unas semanas atrás, la Municipalidad de San Martín inauguró dentro del parque que se encuentra en Villa Maipú, sobre las calles 25 de Mayo y Colectora de la General Paz, el vacunatorio homónimo donde administrarán dosis contra el Coronavirus. Junto a ese se habilitaron otros dos, en el Centro Municipal de Educación Física (CeMEF) y en el Club Deportivo San Andrés. Ya funcionaban, además, otros en los hospitales Eva Perón y Belgrano y en la sede de SUTEBA del partido. En la provincia de Buenos Aires, la inmunización en personas de más de setenta años y docentes comenzó el 17 de febrero de 2021. Seis días después, el 22 de ese mes, comenzó la vacunación de mayores de ochenta y residentes de geriátricos en la Capital Federal.

Dentro, en un espacio cerrado de pisos sintéticos y techos altísimos que solía funcionar como cancha cerrada, Elba está como siempre: sentada, esperando. Tiene noventa y cinco años, y ha venido hasta el Yrigoyen a recibir su primera aplicación contra el COVID-19. Le ha pedido a su hijo, que ahora espera a su lado, que le calce el pantalón negro de vestir, como cada vez que va a un cumpleaños o debe hacer algún trámite importante. Hace tiempo no asiste a ninguna de las dos actividades.

Una mujer alta y corpulenta, se acerca a ellos. Va enfundada en la casaca azul con la estampa en letras blancas que orienta “Buenos Aires. Vacunate”.

—Todo este grupo me entrega sus DNI —dice.

El Monitor Público de Vacunación, disponible en el sitio web del Ministerio de Salud de la Nación, publica en tiempo real información sobre las vacunas contra el COVID-19 que se aplican en el país. Así, es posible consultar las dosis administradas por provincia, por sexo, por edad.

Al 7 de enero de 2022, a nivel nacional se habían aplicado un total de 78.733.031 vacunas contra el Coronavirus. La población identificada como “18 a 39 años SIN Factores de Riesgo” era la que figuraba con más aplicaciones, con 16.218.327. En tercer lugar, estaban

las personas de “18 a 59 años CON Factores de Riesgo”, que se llevaron unas 11.314.686 dosis. Entre unas y las otras, con 15.904.774 aplicaciones, se encontraban las personas mayores de sesenta años. A partir de esa edad, para el Ministerio no existe distinción entre personas CON Riesgo o SIN Factores de Riesgo. Todas forman parte del primer grupo. Esto es así porque, frecuentemente, el avance de los años se corresponde con un deterioro de la salud, lo que se traduce como una mayor predisposición al contagio.

María Inés no se vacuna. No ahora, nunca. Ni la de la gripe se dio. Tampoco están vacunadas sus nietas, de diecinueve y veintiún años, que viven con ella. Se atiende con un homeópata. —No es que mi homeópata me haya dicho que no me vacune, sino que me dijo que no era necesario.

Tiene ochenta y dos años y está jubilada. Mira a través de un par de ojos que son dos líneas curvas hacia arriba, que parecen estar al mismo tiempo riendo y sospechando.

—Yo decidí no vacunarme. Nunca me resfrío, nunca me enfermo. Mis nietas tampoco.

El suyo es un caso particular, ya que la autopercepción de la salud también empeora con la edad. Según la ENCaViAM (Encuesta Nacional sobre Calidad de Vida de Adultos Mayores) 2012, un 42,5% del total de personas mayores de sesenta años considera que su salud es buena, y un 16,9% la percibe como muy buena o excelente, mientras que el resto la percibe como mala (6,7%) o regular (34%).

—Si una investigación para que salga una vacuna requiere de años, en dos me parece que no hay algo bien hecho. No me da confianza. Pero no, no es por esta vacuna en particular. Por otras cosas —no me dirá cuáles son esas otras cosas—. Igual no me iba a vacunar, de todas maneras.

El que sí se había vacunado era su marido. Cuando la viuda lo recuerda, el último indicio de sonrisa se borra de sus comisuras.

—Mi esposo falleció de COVID-19. No lo pude despedir. Eso me parece inhumano, no poder acompañarlo para mí fue muy feo. No creo que esto sea para tanto como para no poder uno ver a su familia en una situación así, ¿no?

Poco más de un mes antes de nuestra conversación, el marido vivía en una residencia para adultos mayores. Dice María Inés, “porque se caía mucho”. Las caídas se vuelven más frecuentes a medida que uno envejece, el mayor porcentaje ocurre entre las personas mayores

de setenta y cinco años. Sus consecuencias, asimismo, se vuelven más graves con la edad. Las fracturas óseas, sobre todo, pueden producir distintos grados de deterioro funcional.

La residencia se llama “Mi Casa” y queda en Villa Lynch, sobre la calle Indalecio Gómez. Es un edificio de tres plantas, con faroles a los costados de la entrada principal y un techo de tejas inclinadas. Las fotos en internet registran una fachada de un color blanco y un terracota impecable, brillo que los años han apagado para los transeúntes que caminan hoy por aquella vereda.

Antes de la cuarentena, María Inés iba a ver a su esposo todos los días. Lo sacaba y salían a comer, o iban a visitar a la hermana de él, que vive en el Tigre. Pero desde marzo de 2020, no pudo ir más como antes. Las visitas se restringieron a unas pocas veces a la semana, un ratito nomás, y en todos los casos, de acuerdo con el protocolo.

—Siempre lo veía con el vidrio de por medio. Él, barbijo; yo, barbijo. Nada de “Hola, ¿cómo estás?” —recuerda, mientras gesticula una palmadita en un hombro ausente, suspendido en el aire.

Cuando el marido empezó con fiebre, aislaron a todos los otros residentes. Nadie más en Mi Casa, afirma María Inés, tuvo Coronavirus en ese momento, solo él. Los demás, después de pasado el periodo de aislamiento, se recuperaron bien.

—Yo no quería que se vacunara, pero cada uno es libre. Le pregunté ¿vos querés que te vacunen? “Sí”. Bueno, perfecto. Le dieron la primera dosis. Ningún problema. Cuando le dieron la segunda, le subió fiebre. Después se fue. Después volvió, y decaimiento, decaimiento. Y ya no se recuperó más.

En una de las últimas visitas al médico antes de la cuarentena, a su esposo le habían encontrado un pequeño tumor en la cabeza.

—Va a tener que hacerle más estudios, a ver de qué se trata —le había dicho la neuróloga. Pero, entre las restricciones y el colapso de los hospitales durante la emergencia sanitaria, no hubo oportunidad.

—¿Es fumador? —le preguntaron a María Inés el día que lo internaron.

—Sí, hasta que empezó la cuarentena, fumaba mucho.

—Ah, porque tiene los pulmones...

Al inicio de la pandemia, algunas investigaciones de dudosa procedencia argumentaron que quienes fumaban tenían una especie de “inmunidad especial” frente al Coronavirus. Poco después, sin embargo, la Organización Mundial de la Salud (OMS) rechazó estos “estudios” y declaró que fumar aumentaba las probabilidades de desarrollar síntomas graves y fallecer en caso de padecer COVID-19.

Desde que su marido se contagió, María Inés no volvió a verlo. Ni a él, ni a los médicos. Recibía el parte por teléfono y desde el hospital le pedían que no se acercara.

—Me parece inhumano no poder despedirlo. Con todas las precauciones, barbijo de por medio, lo que sea. Ni para reconocerlo pude verlo, horrible. Después, directo a cremarlo. Ni velorio, nada. Nunca imaginé que algo así podía pasar. Como persona mayor, sé que hubo muchas epidemias y jamás se hizo algo así.

Y las hubo. En 1870 y 1871, la fiebre amarilla causó estragos en Buenos Aires. Hubo días en los que murieron más de quinientas personas, con un total aproximado de catorce mil muertes. Para mediados del 2022, el Coronavirus se había cobrado más de diez veces esa cantidad, casi ciento veintinueve mil. Eso, sólo en nuestro país.

María Inés todavía tiene a sus hijos. Antes de todo esto, solían reunirse los fines de semana, generalmente en su casa, porque es donde hay más lugar.

—Lo más difícil es no poder verlos. Ahora nos juntamos con unos, una vez; con otros, otra vez. Pero todos juntos, no.

Uno de ellos le insiste. Le dice que se vacune, que no sea tonta.

—Pero él sabe que yo, ninguna vacuna. Ninguna. No solamente esta. Mis alumnas de yoga me decían: “¿no te vas a vacunar?” No. Yo no me vacuno. No me vacuné nunca. Jamás me resfrío, nada. Sólo una vez tuve una descompostura. Yo lavo la lechuga con vinagre, pero después me dijeron que no era suficiente, se ve que por eso me agarré diarrea. Fue lo único que tuve.

Es invierno de 2020, pero apenas se nota. Desde marzo, el fragmento de cuadra que cabe en el marco de la ventana se ha congelado en la eterna escena de un barrio mudo, aséptico, distante. Ni siquiera se escuchan ya los golpeteos metálicos de aquella cacerola solista que, cada noche a las nueve, se unía insistente a una causa desde un principio asumida con resignado silencio en Lynch. Adentro, Alejandro usa todo su cuerpo para levantar sus dos pesados párpados. De a poco, asoma los ojos, mira al techo. A sus pies, Bali refunfuña y se despereza. Toma otro impulso para mirar al piso. La bata de polar se ha resbalado a los pies de la cama. Los músculos lo pellizcan desde el coxis hasta la nuca.

Tenía la mitad de su edad cuando empezó a interesarse por el campo de la salud. Hizo un curso de tres años en Biomedicina en Concepción del Uruguay y ahí comenzó todo. Después socorrista, después enfermero. En el medio, armó la primera coronaria volante

completamente nacional. Para probarla, por orden de Favalaro, invitaron a un embajador argentino en Brasil que tenía un problema cardíaco.

Despacio, Alejandro logra despegar uno de los hombros que, como dos anclas de hierro, lo aplastan sin salida contra el colchón. Gira sobre sí mismo hasta alcanzar el borde. Libera los pies sepultados bajo aquella avalancha de seda, busca el piso. El frío de la fibra sintética le raspa las plantas como virulana nueva, pero le agrada. Se deja caer lento. Cuidado, más lento. Apoya una rodilla, luego la otra. Descansa una mejilla sobre el colchón, una nube de algodón que le regala una caricia fresca. *¿Cómo se la estará arreglando mi hija para laburar? ¿Quién le estará dando una mano, ahora que yo no puedo?*

Con las rodillas sobre la alfombra casi se siente confiado. Despega de nuevo la cabeza y busca el piso con las manos. En cuatro patas, tose una vez. *Pensar que antes trabajaba en relaciones institucionales para empresas. Qué falsas, qué mentirosas.* Una gota de saliva se desprende de su boca y él la contempla hasta que es absorbida por la fibra gris.

Estira un brazo y se aferra al catre de madera, después el otro. Toma aire —o hace que toma aire— y empuja su cuerpo hacia arriba. *¿Cómo estarán atendiendo a los pobres viejos, que están tan solos?* Casi logra enderezarse, pero las piernas dudan y se tambalean. Improvisa una caída segura sobre el colchón. Con los ojos muy cerrados espera. Siente un calor húmedo en la nuca. Bali le besa el cráneo y salta de la cama.

Con el cachete pegado a la sábana, escucha, a lo lejos, el rasqueteo de las uñas sobre el tacho de plástico del alimento. Lo bien que le vendría ahora un tarrito como el de Bali.

Por la noche Alejandro no duerme, solo piensa. Ni siquiera había pasado un mes desde que el presidente Alberto Fernández anunciara el inicio del Aislamiento Social Obligatorio, cuando Argentina ya se encontraba en el podio de países con mayor porcentaje de personal de salud infectado. En abril, el 14% de los 2.669 casos confirmados de Coronavirus en el país correspondía a uno de ellos. En la oscuridad profunda de ese cuarto que, hace días ya, constituye su universo, piensa en la Terapia Intensiva, en toda la gente que tenía a su cargo. Ahora quedará poco más de la mitad, entre la buena cantidad que dejó de trabajar por temor, porque no quiso saber más nada y desertó; y aquella otra parte, quienes se fueron contra su voluntad y para siempre. *Un montón de amigos. Enfermeros, médicos, personal administrativo, de laboratorio.*

El enfermero no duerme, piensa. Piensa si en una de esas se duerme y no se despierta. Las primeras noches son eternas, y los días, aún más. Hasta que el mismo cansancio lo deja dormir. Y cada mañana, sólo piensa en volver.

Miguel Ángel no recuerda el día en el que cumplió veintiocho años, o sus cuarenta y seis. Sí se acuerda de cuando cumplió cincuenta, porque es un número redondo y la mitad de un siglo, o cuando cumplió treinta y tres, porque era la edad de Cristo cuando murió. Pero mucho más, recuerda aquel miércoles en el que recibió la vacuna contra el Coronavirus. Vive en Devoto, pero conserva su domicilio en provincia, por eso lo citaron al vacunatorio de José León Suárez, en el Partido de General San Martín.

El 14 de abril de 2021 fue una jornada de cielo despejado y unos agradables veintitrés grados sobre la Ciudad de Buenos Aires y alrededores. Recientemente, Miguel se había comprado tres casacas, como las que suelen vestir los médicos o los enfermeros. Una blanca, una azul y una negra. Por algún motivo, decidió usar la blanca para la ocasión.

—Ah, usted es personal de salud, ¿no va a hacer la cola!

—Venga por acá, doctor. ¡Doctor! —le decían.

—No, no. Tranquilo —respondía él. Por dentro reía un poco, no aclaraba mucho más.

Después de todo, en parte, tenían razón. Miguel es doctor, pero de las leyes.

La llegada de la pandemia, lejos de acelerar su retiro profesional, motivó su adaptación al mundo de las pantallas. Miguel reemplazó las carpetas de cartón y los sobres papel madera por archivos PDF, y las corridas entre el Urquiza y la línea de subte B, por correos electrónicos a los juzgados y al Poder Judicial. Él, suscriptor empedernido de varios canales de música litoraleña de YouTube, no tardó en aprender. Un par de tutoriales y la mano predispuesta de su ayudante, un estudiante de Derecho que trabaja con él en el estudio que tiene en la planta baja de su casa, fueron más que suficientes.

—Al principio me costó mucho, pero después, como veía que este sistema de trabajo venía para quedarse, aprendí a realizarlo. Y la verdad es que me siento bien trabajando de este modo.

Sobre la oscura y nutrida cabellera de sesenta y ocho años, ni canas, ni entradas. Sólo algunas arrugas sobre la tez morena, una sobre la frente que bien podría pasar por marca de expresión como consecuencia de fruncir el ceño al concentrar la vista en la lectura durante horas, otro par en las mejillas, por reír a carcajadas en los asados de los domingos.

Al doctor le encanta bromear y hacer chistes. Pero también sabe cuándo ponerse serio.

—Lo de la casaca habrá sido una asociación inconsciente a raíz del personal de salud, que está en la trinchera. Son los que se pusieron el trabajo al hombro para pasar la pandemia.

Miguel nunca dudó en vacunarse, afirma que fue uno de los primeros que se anotó. Fue durante su infancia en la provincia de Chaco, donde nació, cuando se convenció de que administrarse vacunas era algo positivo.

—He visto pibitos que quedaron rengos, con una pierna así, parálitica. Se criaba el chico, pero una de las piernas era chiquitita. Entonces yo le preguntaba a mi mamá, a mi papá: “¿qué le pasó?”, “tuvo poliomielitis”, me contaban. Y contra eso había una vacuna.

La mayor epidemia de poliomielitis en la Argentina tuvo lugar en 1956, cuando se notificaron 6.496 casos. La enfermedad causaba la muerte o dejaba una severa discapacidad. Hoy, luego de décadas de investigación científica, existe la posibilidad de que próximamente se convierta en la segunda erradicada en el mundo después de la viruela.

Miguel también recuerda que aquel miércoles de abril por la tarde, cuando llegó a casa, se quitó la casaca, el pantalón, y se metió en la cama. Recostado sobre el brazo intacto junto a Magdalena, su esposa, pensó que quizás, al fin y al cabo, toda esta experiencia trágica serviría para que la gente se diera cuenta de que nadie se salva solo.

Cuando llegó el viernes 2 de abril de 2021, Alejandro ya no era el mismo. Ese día en Argentina se conmemoró el Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de las Malvinas. También, fue Viernes Santo. Hacía poco, además, se había cumplido un año desde el decreto del aislamiento social obligatorio por el Coronavirus. En la caótica y sobrepoblada Área Metropolitana de Buenos Aires, los casos no dejaban de aumentar. Donde quiera que se mirara, se escuchaba sobre la “Segunda ola de Contagios”.

Habían pasado varios meses desde que el enfermero se había infectado. Sin embargo, ahora, él, que siempre había sido de presión baja, era hipertenso. Había sufrido un descenso renal del riñón derecho. Tenía un bloqueo cardíaco, múltiples infiltraciones en los pulmones, un enfisema en el pulmón derecho y engrosamiento de pleuras.

Esa misma noche, aterrizaría en suelo argentino un nuevo vuelo proveniente de Beijing, con una carga de un millón de dosis de Sinopharm. Ese fin de semana, también, arribaría un nuevo cargamento de Sputnik V, con dosis que serían destinadas a personas con algún tipo de factor de riesgo, como los mayores de sesenta años.

Cuando Alejandro se contagió, durante su aislamiento e incluso tiempo después, en cada llamada y mensaje por WhatsApp, luego de haberle preguntado cómo estaba todo y antes de despedirse, la hija le repetía:

—Pa, no podés salir de casa.

Incluso algunos vecinos le llevaban de todo a la puerta para asegurarse de que cumpliera: la comida, medicamentos, lo que fuera. A él no le quedaba otra que hacer caso. Después de todo, la última salida le había costado la infección, su propia internación domiciliaria, y visitas cada tres o cuatro horas de los médicos. No habían querido dejarlo en el hospital por el EPOC, considerando que un problema tan delicado a nivel pulmonar podía agravar su cuadro en caso de un contagio más profundo.

Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho aquella vez, cuando el hijo de Sarita, que más que paciente, era su vecina de toda la vida, lo llamó de urgencia porque su mamá se moría? Salió disparado. Cuando la encontró, supo que sólo se salvaría con respiración boca a boca. No hubo tiempo, no llegó a preguntar si la paciente tenía o podía tener COVID-19. Tenía.

Alejandro obedeció todo lo que pudo, aunque ya desesperaba por retomar la marcha cuando llegó aquel viernes 2 de abril. Fiel a su rutina diaria, presionó esperanzado sobre el botón de la aplicación “Buenos Aires Vacunate”. Entonces, aunque el cuerpo ya no le respondiera como antes, saltó de la silla y bailó en una pata. Bali, confundido, no sabía si ladrar o mover la cola. Optó por las dos. Finalmente, el enfermero había recibido su turno para recibir su primera dosis.

—No me importaba cuál me dieran. Si amarilla, roja, verde, azul. Cualquiera —recordaría más tarde.

Cuando llegó el momento, tenía turno para las dos de la tarde. A las ocho de la mañana ya estaba en el hospital.

La noche es un manto frío y negro que avanza resignado sobre esa tarde de julio de 2021. Alejandro está esperando en la puerta de la calle 25 de Mayo, con la reja del galpón abierta. El sol se oculta sobre un horizonte que, desde donde está, no llega a ver. Apenas vacunado se metió en el Yrigoyen. Todavía, sin embargo, no puede recuperar el ritmo de antes. Tiene ganas de hacer más cosas, pero el cuerpo no se lo permite. Le duele, le pesa.

Ya no quedan pacientes, sólo el personal de salud. Mira hacia el parque. Por un instante, le parece que la pandemia también tuvo su lado positivo. *Ahora, por lo menos, valoramos*

cuando necesitamos de alguien y sabemos cuándo el otro necesita de nosotros. Antes éramos muy individualistas. ¿El otro?, bueno, ¿no puede? Que se jorobe.

En eso está cuando su compañero, un pibe joven recién recibido de Enfermería, se acerca trotando hacia él, candado en mano.

—Siento como si tuviera treinta años más —le dice Alejandro. Quiere aprovechar ese rato para prepararse para mañana, pero lo interrumpen.

—Tengo que hablar con vos —le pide un hombre al que conoce bien. Es el secretario de Salud de General San Martín. Entre los dos existe cierta confianza y quizás hasta un cariño mutuo que no han llegado a poner en palabras aún. Alejandro, con la reja todavía medio abierta, se aparta de su compañero para escuchar al funcionario.

Pareciera, y resulta que sí, que ha ido hasta allá, al Yrigoyen, a verlo exclusivamente a él. Alejandro casi se entusiasma.

—Vos sos de altísimo riesgo, andá para casa. No tenés nada que hacer acá —le ordena, y el enfermero se congela en medio del parque. Se niega. Protesta, o quisiera protestar. Pero no puede. Ahora, poco importa que haya pasado tiempo desde su alta. No interesa que ya esté vacunado, ni que haya estado en el Yrigoyen desde que era un caos ni todos los logros alcanzados desde entonces.

No quiere quedarse en casa, pero hace caso. “Tiene razón, pa. ¿Qué vas a hacer?” le dirán sus hijos. Alejandro se queda en silencio. Empuja la reja y cierra. Le pasa la llave al pibe.

Clandestinas

El 9 de junio de 2020, poco menos de tres meses después de haberse decretado el aislamiento social obligatorio, el diario virtual minutouno.com titulaba: “Chaco: armaron una fiesta clandestina y terminaron a las piñas”. El organizador había sido un director de escuela y, dice la noticia, asistieron cincuenta personas, varias, menores de edad. Unas semanas después, sucedió en La Pampa: “Convocaron a una fiesta clandestina por Instagram y fueron más de 100 jóvenes”, afirmaba Clarín. Desde que se decretó el aislamiento social obligatorio en Argentina, cada día y durante meses; diarios, noticieros, y portales web de todo el país se dedicaron a denunciar hechos similares en las distintas provincias, en el extranjero también. En todo caso, señalaban como principal autora a la juventud irresponsable, que se burlaba de las medidas sanitarias para rendir culto al descontrol.

Sin embargo, durante ese período, la transgresión de límites motivada por el encuentro social, en mayor o menor medida, no fue patrimonio exclusivo de la adolescencia ni tuvo como único motor la sed de euforia y de exceso. Llegado el 2021, cinco integrantes de la Comisión del Centro de Jubilados “Nuestros Días Alegres”, ubicado en Villa Lynch, se reúnen en casa de la presidenta con una regularidad semanal para jugar al Burako y tomar mate. Cada una, el suyo, eso sí. Pura rebeldía para la población de riesgo.

Lynch es un barrio de viejos. Adopté tal premisa, supongo, durante mis años de secundaria cuando, impulsada por unas repentinas ansias socializadoras, empecé a notar en la zona ciertas carencias que hasta entonces habían resultado irrelevantes para mí. Para quienes no conocen, quizás oriente mencionar que Villa Lynch pertenece al partido de General San Martín, al noroeste de la provincia de Buenos Aires. Y es que, por lo general, sólo saben del barrio las personas que residen o trabajan en él. Porque en realidad no hay mucho que hacer en Lynch, más que residir o trabajar. La zona carece de grandes espacios verdes, no tiene paseo de compras, ni opciones interesantes —ni de ningún tipo— para salir por la noche. Para eso, cuando quiere divertirse, la gente de acá se va hasta el centro de San Martín, o cruza la General Paz y se acerca a Devoto, del lado de Capital. Pero en Lynch, sólo hay fábricas. Casas y fábricas. Ah, y el Club Deportivo de la Universidad Abierta Interamericana de Urquiza, la UAI Urquiza.

Digo, pareciera como si este barrio hubiera sido pensado para quedarse en casa matando el tiempo, tejiendo, cocinando, leyendo, como haría una abuelita de cuentos. Pareciera como si Villa Lynch se hubiera estado preparando toda la vida para una cuarentena.

La puerta de Nilda engaña. Desde la vereda, es improbable adivinar las dimensiones del mundo que se desbloquea cuando la dueña de casa destraba el pestillo de ese rectángulo de acero de metro de ancho, dos de alto, y te invita a pasar. Es una tarde fresca de mediados de julio de 2021, de esas que inspiran a quedarse en casa tomando un té junto a la estufa. Bueno, quizás el plan resultaría más tentador si no fuera porque venimos siendo invitados a quedarnos en casa desde hace meses. Ahora, pasada la segunda ola de contagios, la cuarentena está volviendo a flexibilizarse. El gobierno porteño acaba de permitir los encuentros sociales al aire libre de hasta veinte personas, y en espacios al aire libre dentro de casas y departamentos, así como en espacios comunes de edificios, de hasta diez. Del otro lado del charco, en Provincia, todavía no hay nada dicho. En teoría, el Coronavirus persiste. No obstante, en la práctica, las cosas han cambiado hace tiempo. Lo cierto es que los períodos de medidas estrictas parecen durar cada vez menos.

El timbre retumba con un estruendo metálico, anticuado, que bien podría pertenecer a una de las factorías vecinas. Escucho pasos cortos, rápidos, livianos, acercarse del lado de adentro. Un resoplido profundo, áspero, acaricia el umbral. Una respiración animal. Después otros pasos, distintos, lentos, pesados. Un aroma dulce, humano. La ventanita de cristal se abre con un chillido. Detrás del barrote aparecen primero los lentes, después la sonrisa de Nilda, la presidenta del Centro.

De este lado de las cosas, las *pitbulls* se ven mucho más mansas y bastante menos gráciles de lo que había imaginado. Se desplazan cabeceando al ritmo de una respiración algo agitada. Sobre los amplios lomos, fragmentos de pelaje comienzan a adquirir tonalidades grisáceas. Las tres, dueña de casa y perras, me conducen a través de un largo pasillo de cemento flanqueado por altos paredones grises.

El patio delantero se asoma entre ficus, jazmines y orejas de elefante. Atrincheradas bajo un techo de chapa y en torno a una mesa rectangular, están las demás: Ema, María Laura, Esther,

y otra más cuyo nombre no sabré, y que preferirá no hablar conmigo. Sobre un mantel de algodón estampado, mezclan y reparten fichas de plástico. Cuando me ven, se detienen y, por un momento, siento como si acabara de interrumpir una reunión importante. Acto seguido, sin embargo, me saludan desde su sitio con una sonrisa. “Qué tal”, “Hola, nena”, y rápidamente las manos retoman la marcha sobre la mesa. Me esperan, claro está, con menos ansias con las que aguardan su turno de jugar.

Amago para sentarme junto a ellas, pero Nilda me detiene. Sugiere ir adentro.

—Para que no te jorobe el bochinche —dice, y se ofrece como primera voluntaria.

La sigo. Después de todo, no sé jugar al Burako.

El universo de Nilda es uno de ornamentos. En el living-comedor, el enorme sofá, un Titanic de pana, lucha por salir a flote de un profundo océano de almohadones a puntillas y flores bordadas de raso rosa. Tomamos asiento junto a una mesa de madera amplia cubierta por un mantel blanco, los bordes también a puntillas, las mismas flores de raso.

Tiene ochenta años. Es bajita, muy rubia, y cuando habla, también cuando escucha, mira fijo, casi sin parpadear. Debajo de una mirada congelada, casi plástica, dos manos danzarinas de uñas puntiagudas color carmín, moldean el aire, acompañan sus palabras.

—¿Hace cuánto se juntan? —pregunto mirando al patio.

—Recién hace dos, tres días que vienen algunas de las señoras compañeras a tomar el té, algo de eso.

Antes de la pandemia, el Centro estaba abierto todos los días y ofrecía distintas actividades para sus ciento ochenta socias —la mayoría son mujeres, asegura la presidenta—. Los lunes, taller de memoria; los martes, tejido y ritmos latinos, que también daban los jueves; festejos de cumpleaños el primer viernes de cada mes, lotería el primer domingo.

Nilda mira el grabador.

—Llevo una vida normal. Linda, porque estoy con mi familia. Pero bueno, llega la epidemia esta y aburre un poco. Me entretengo. Bordo, coso, tejo. Camino por el pasillo para no cansarme, más por las piernas. Nada más. Los mandados. Ahora tengo las dos vacunas, así que empecé a salir de a poquito. No mucho, por el barrio. Bien. Tranquila. Espero que pase pronto.

Según la ENCaViAM (Encuesta Nacional sobre Calidad de Vida de Adultos Mayores) 2012, publicada por el INDEC (Instituto Nacional De Estadísticas y Censos) en 2014, un 15% de

los mayores de sesenta años presta algún tipo de servicio voluntario en la comunidad: en iglesias, hospitales o centros de jubilados. Desde la llegada del COVID-19, “Nuestros Días Alegres” permanece cerrado hasta nuevo aviso. A Nilda, la cuarentena le cambió la rutina por completo.

—Antes me levantaba temprano. Me iba desde las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche. En días comunes, todo. El Burako era el entretenimiento de todos los días. También hacíamos fiestitas lindas, hermosas. Era una droga. Ahora, a lo mejor arranco a eso de las nueve. Desayuno, me pongo la televisión. Después de almorzar, tejo. A la noche sí me quedo con la tele hasta tarde, tipo once, doce.

“Nuestros Días Alegres” es uno de los tres espacios abiertos a la comunidad destinados a personas mayores que funcionan en Lynch. En todo el partido de San Martín existen setenta y dos así, entre centros de jubilados y pensionados, sociedades de fomento y organizaciones, los cuales ofrecen actividades gratuitas o con aranceles accesibles en articulación con el Programa de Atención Médica Integral (PAMI) y el Municipio.

—¿Hace cuánto se juntan? —repito.

—Hace unos meses. Pocos meses.

La que les enseñó a jugar al Burako a las demás fue Ema, de noventa y un años. Ahora, deja esta ronda para Nilda, y se sienta frente a mí. Es la mayor del grupo y cuando llegó al Centro ya era viuda. Vive con su único hijo, que cumplió cincuenta.

—Yo estaba sola, muy sola. Y las chicas son tan familiares, ¿viste?, que me quedé con ellas.

Las “chicas” aprendieron, y ahora es así, se amanece jugando.

Según el último Censo Nacional realizado en 2010, en Argentina, la situación conyugal presenta diferencias de género en los mayores de setenta y cinco años. Mientras la mayoría de los hombres dentro de este rango etario están casados —el 57.5%—, la mayoría de las mujeres han enviudado —un 66,9%. Esto tiene que ver con que la esperanza de vida de ellas es mayor que la de ellos, la supera en 6,6 años. La “feminización de la vejez” se acentúa a medida que avanza la edad. Entre los mayores de ochenta años, el 67% son mujeres.

—Ahora nos juntamos tres veces por semana. Pero yo lo que extraño muchísimo es que salía. Salía siempre. No me gusta ir de visita. Me gusta ir a caminar, andar, ver. Antes yo iba al coro, a aprender guitarra. Extraño mucho cantar. Pero lo que más extraño de todo es salir.

Ema viste un elegante conjunto de tweed color chocolate, blazer y pantalón a juego. Se la nota a gusto bajo esas dos prendas que cubren como un manto pesado y cálido su pequeña figura. Lo que le molesta es el barbijo, que no usa.

—Sacate el *coso* ese —me dice, invitándome a imitarla.

Con el hijo tienen una fábrica textil que, por el momento, y desde que comenzó la pandemia, está parada.

—Cuando murió mi marido me fui a trabajar porque me quedé en la lona. Ahora no podemos con esta política. Es lo único que me preocupa.

Antes del Coronavirus, el hijo también trabajaba en un restaurante, pero debido al aislamiento, debió dejarlo.

—Yo no quiero mucho que vuelva. Compró un auto para tomar pasajeros, pero no pudo y ahora no quiere por miedo a los robos. Y yo tampoco. Yo tengo dos jubilaciones, vivimos bien los dos. Estoy acompañada. Y él también.

Dice Ema que la que mejor juega al Burako de todas es María Laura, que es la más joven de la Comisión, tiene sesenta y seis años. Es de Zona Sur, pero se mudó a Villa Lynch en el '75, cuando se casó. Se sienta frente a mí con la espalda apoyada sobre el respaldo, como debe ser, y así se mantiene durante toda la charla, derecha.

—Me acerqué al Centro de Jubilados por los viajes, nada más. Tenía ciertos reparos. Sentía que me iba a deprimir, que allí iba a encontrarme con el paso del tiempo y no quería verme reflejada en eso.

Tiene tres hijos, que viven ya cada uno en su propia casa. Es viuda. Aunque no lo dice así. “Sola”, le sale. El resto de su familia está en Banfield: la mamá, de noventa y dos años, y una hermana unos años menor que ella. Le gusta mucho viajar. Desde el 2012, su compañera de travesía es una amiga.

La mamá de María Laura, al igual que ella, vive sola. Por eso, con su hermana se turnan para cuidarla. También por eso, aunque a ella le encante viajar, no siempre tiene la posibilidad de hacerlo.

—No puedo dejar mucho a mi hermana sola con esa mochila. Y a mi mamá le deseo una larga vida.

Datos de la ENCaViAM sostienen que, por lo menos antes de la pandemia, casi un 20% de las personas mayores había participado de algún viaje en los últimos tres meses. Además,

alrededor de dos tercios se reunían con amistades para charlar, tomar café. También, casi una de cada cuatro asistía a conciertos, recitales, cine, teatro, etcétera y/o se juntaban a jugar a las cartas, dominó. Al Burako.

Si no me lo decía, lo adivinaba: es exdocente. Se jubiló una década antes de la pandemia, “y gracias a Dios”, piensa.

—Es necesario contar con cierta capacitación con el tema de las redes y mi generación no la tiene. Además, el chico tiene que estar en la escuela.

El que sufrió las clases virtuales durante el 2020 fue el nieto de Ester, quien asiste a una escuela pública en la capital y va a cumplir doce años en diciembre. Ella tiene setenta y un años, es de Tucumán, y se parece un poco a la provincia: chiquita, sonriente, a gusto de permanecer contenida.

—El niño le decía a mi hija: “prefiero que me enseñes vos, mami, no se entiende nada esto”. Ha estado más o menos todo el año pasado sin salir a la puerta. Tenía terror, pero empezó de a poquito a salir con la perrita. Ahora está contento, porque por lo menos ve a sus compañeritos. Nada más que escuchó en la tele sobre la nueva variante, entonces hace preguntas, pero no, está tranquilo.

La abuela vive en el conurbano bonaerense hace once años, en una casa que alquilan con su hija, su yerno y el nene. Cada tanto vuelve a su provincia natal, donde vive su hijo mayor, de cincuenta y cuatro años.

—He venido a criar nietos. El único que tengo.

La ENCaViAM de 2012 sostiene que una de cada cuatro personas mayores cuida a algún niño o niña del entorno familiar o cercano sin recibir remuneración. Quienes tienen entre sesenta y setenta y cinco años son quienes más lo hacen, en su mayoría, las mujeres. Ester cobra la jubilación mínima, pero colabora con el alquiler. También, con los mandados y con la preparación de las comidas, entre otras tareas.

Hay socias que la están pasando mal. Son las que procuran no juntarse, salir en tal caso hasta la feria nada más, bien por miedo a los contagios, bien porque consideran que es importante

cuidarse, aunque cueste, o bien porque las familias no las dejan. Pero se aburren, extrañan el Centro. Por eso, mientras rige el aislamiento, la Comisión se dedica a hacerles algún llamado. —Hay que hacer un poquito de psicología. “Quedate tranquila, hacé algo”. Qué sé yo, dar un aliento. Pero no siempre es fácil, a veces, de dar aliento termina sintiéndose mal una — explica Nilda.

—¿A vos te pasó?

—No, a mí no. Yo les digo: “tomate un vaso de agua y ya está”. Les explico a las chicas: “o hablamos bien, y las ayudamos, o, si no podés ayudarlas, no hables”.

—¿Y vos? ¿Tuviste miedo?

—Nunca —sostiene Ema—. Yo voy a vivir hasta los cien años. Porque no estoy enferma. Además, no hago desarreglos de comida ni nada de eso.

—¿Y vos?

—Por mí no, sólo por los chicos jóvenes —dice Ester—. Por ahí salen y no tienen la dimensión. Tendrían que acordarse de sus abuelos, de sus padres que son mayores y si los contagian, bueno, te matan a veces con el virus. Ese es el miedo que siempre tuve, por los más jóvenes.

En condiciones normales, un 91% de los adultos mayores sale habitualmente de su casa. Pero eso fue antes de la pandemia.

Cerca de la mesa de juego, bajo la sombra de un enorme ficus, las *pitbulls* descansan muy juntas. Cada tanto, una se agita en sueños y sacude a la otra, que gruñe con fastidio.

Para muchas familias, la convivencia durante los meses de aislamiento no ha sido sencilla. Me pregunto cómo la habrán pasado ellas. Se los pregunto.

—Ja, bueno, mirá. Cosa de que yo siempre, esteh... Nunca, no discutir, solamente nunca... ¿Cómo te puedo decir? Nunca... —comienza Ester—. La convivencia siempre ha sido buena. Nosotros tenemos una manera de ser, no sé si es porque somos de la provincia. El respeto, sobre todo. Con mi hija no he tenido ningún problema y gracias a Dios tengo un yerno que si digo: “hoy comemos milanesas”, él nunca dice que no, al contrario.

Sin embargo, los cuidados sanitarios transformaron notablemente la dinámica cotidiana del hogar, y el encierro repercutió sin dudas sobre los ánimos. Dice Ester que su hija pasaba a toda hora la lavandina y el desinfectante en aerosol del 99%. Que, si salían, al volver debían pisar sobre el trapo embebido en alcohol, sacarse el calzado antes de entrar.

—Que no salgás, que te vas a contagiar, que no vayás, que no vas a subir en el tren, que no vas a subir en el colectivo. Una tiene otra manera de hacer cosas. Todo este tiempo ha sido tremendo. Al ser una de la edad de una, nos han encerrado de tal manera. Por el virus, por supuesto, para cuidarse. Yo me sentía, en el primer tiempo, muy mal, muy mal. Hace poco le dije a mi hija: “salgo y me voy porque me voy a volver loca acá adentro”.

Las cosas también estuvieron algo tensas entre Ema y su hijo.

—Nos llevamos a las patadas a veces. Yo soy de otra época, ¿sabés? Y ahora, a pesar de que me hice los estudios, me olvido de las cosas. A lo mejor puse la pava y me enganché con el celular y me olvidé. Y se me quema. Y se me enoja —se ríe.

Ema tiene la primera dosis de la vacuna contra el Coronavirus, aunque al principio no quería dársela. Sin embargo, sin vacuna, el hijo no la dejaba juntarse.

—No soy de enfermarme. Cuando cumplí los ochenta y seis, ese día, me dio un infarto. Es lo único que tuve en toda mi vida, desde los doce años. Nunca estuve en cama, siempre trabajé. Él lo que tiene es miedo. Como somos dos personas nada más, teme que me muera y quedarse solo, ¿sabés?

Para María Laura, que vive sola, la convivencia no ha sido un problema. Aunque ser “sola” no estaba en sus planes, ni en los de su marido, quien también era docente. Habían planeado recorrer juntos el país después de jubilarse. Cuando ella había ejercido durante casi cuatro décadas, su esposo falleció. Al poco tiempo, María Laura se jubiló.

—Éramos almas gemelas, un noviazgo eterno. Pero no pudo ser.

Mientras dura la pandemia, María Laura planea su próximo viaje. Dice, será a muy largo plazo, por su mamá. No me confirma su destino, pero aproxima que será la tercera vez que viaje a Europa, que tiene ciudadanía española, y que el resto del continente ya lo conoce todo.

—La historia me quedó trunca. Todavía estoy de duelo.

Las *pitbulls*, dormidas, han quedado unos centímetros separadas. Una brisa fresca sacude el ficus y la más inquieta tiritita, lloriquea con los ojos cerrados. Su compañera se arrastra sonámbula, se pega a ella. De nuevo juntas, tibias, vuelven a sumirse en su siesta.

En el patio, sentada en la cabecera, María Laura suelta una risita. Una vez más, la exdocente se lleva la victoria de la partida. Ema cabecea, amontona sus fichas con resignación, pero sonrío. Ester aplaude.

—Pero, qué cosa. Y bueh. Voy a poner la pava —dice Nilda, y desaparece hacia la cocina. Ahora disfrutan así, de a pocas, un ratito y al aire libre. Saben que para las grandes celebraciones deben esperar. Después de todo, no son pocos los planes que la pandemia hizo añicos con su llegada. Es el caso de la fiesta de fin de año que religiosamente organiza — hasta el 2019 al menos, así fue— el Centro. Hasta entonces, Nilda le saca el jugo al aislamiento.

—Armé agarraderas, almohadones, almohaditas para poner los alfileres. Todo tipo de regalitos para rifar en el festejo, cuando sea que se haga —dice, mientras apoya un tarro de lata que anuncia “Yerba” y otro que dice “Azúcar” sobre el mantel. Ester saca su mate de la bolsa de tela que cuelga detrás de su silla.

También debió suspenderse el cumpleaños número ochenta de Nilda. Entonces, del mismo modo, la presidenta se puso manos a la obra. Pidió a su nieto mayor que le cortara unas botellas de vidrio. Luego, ella decoró cada recipiente con una cinta en el frente que bordó: puntillas y flores de raso rosa. Armó sesenta floreros-souvenirs. Después, de alguna forma u otra, los repartió entre los parientes y amigos que, de haberse podido, habrían sido invitados a la fiesta.

Finalmente lo pasó en su casa, con la fracción de familia que vive al fondo —una hija, un yerno, dos nietos—. Al momento de la torta, cantó el “Feliz Cumpleaños” con su hermana melliza por videollamada.

—Mi último cumpleaños fue en el Centro —cuenta Ema, mientras arma su mate. Dice que si llega a los cien, va a festejar. Echa un poquito de azúcar sobre la yerba. Si se hace, me va a invitar, promete.

Escuché que las mascotas se parecen un poco a sus humanos. Las *pitbulls* de Nilda marchan con un zarandeo de caderas cansino, las dejan caer a un lado y al otro con cada paso. Mientras me acompañan hasta la entrada nunca dejan de mover la cola. Siempre dije que Lynch era un “barrio de viejos”, en tanto que no hay mucho para hacer allí más que quedarse en casa. O ir a trabajar, cuando aún no se ha llegado a la jubilación. Solía

pensar: “¿qué otras cosas harán las personas cuando alcanzan cierta edad más que quedarse en casa?”.

Sin embargo, después de conocer que hasta antes de la pandemia la mayoría de las personas mayores salían con frecuencia de casa y, sobre todo, después de conversar con las integrantes de la Comisión, me resulta difícil imaginar a cualquiera de ellas durante días, semanas y meses solas, sentadas sobre una silla de mimbre en la cocina, aferrando dos agujas bajo los codos, hilvanando sin mirar las fibras de lana, escuchando —otra vez— el predecible pleito que enfrenta eternamente al Sargento García y al Zorro en la pantalla del Canal Trece —y eso que mirar la tele es una de las actividades que más realizan los mayores dentro del hogar, un 97% había visto la televisión la semana anterior a la entrevista de la ENCaViAM—.

Sí, a ellas les gusta tejer, cocinar, mirar la tele. Pero más disfrutaban de hacer los mandados, salir, juntarse. Ahora diría que Lynch no es un barrio de viejos porque sus mayores no son como los de los cuentos. Así y todo, algo tenía este barrio para ofrecerles: el Centro “Nuestros Días Alegres”.

Antes de irme, pido permiso a “las chicas” de la Comisión y les tomo una foto. No se la mostraré a nadie, prometo. Existió una vez cuando, un grupo de mujeres que cuadruplicaba mi edad me dejó meter la nariz en su reunión “clandestina”. Ahora, que ya tengo mi souvenir, vuelvo a casa.

Bitácora



Foto: Lucas D'Amico

Introducción

“Eso, ni más ni menos, es escribir: tener la ambición, desmesurada y mesiánica, de contar lo que sea —Chernóbil, la tuberculosis, el hambre— como si nunca nadie lo hubiera contado antes. Sin esa ambición, desmesurada y oceánica, la escritura no existe”.

Leila Guerriero

¿Cómo fue la experiencia de las personas mayores durante el aislamiento por el Coronavirus? ¿Qué bondades, recursos, posibilidades, presenta la crónica para dar cuenta de ello? ¿Cuáles son las representaciones sociales existentes en torno a la tercera edad? Esas fueron algunas de las preguntas desde las que se gestó este proyecto y las cuales intentó responder.

Para marcar mi punto de partida, acudiré a la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, aprobada y ratificada en Argentina en 2015, que en su segundo artículo brinda una serie de definiciones útiles con relación a la tercera edad. En primer lugar, a partir de este documento es posible establecer que una “persona mayor” es en nuestro país toda aquella que tiene sesenta años o más, concepto que también abarca el de “persona adulta mayor”. Aquí, contamos con una primera pista. Defino mi objeto de estudio, en principio, por la edad. Encuentro más enriquecedor para mis fines, sin embargo, el concepto de “envejecimiento” que establece la misma Convención y que define como aquel “proceso gradual que se desarrolla durante el curso de la vida y que conlleva cambios biológicos, fisiológicos, psicosociales y funcionales de variadas consecuencias, las cuales se asocian con interacciones dinámicas y permanentes entre el sujeto y su medio”. Con esta segunda definición, el campo de interés se amplía. Además, desde esta perspectiva, la “vejez” es la “construcción social de la última etapa del curso de vida”. En este punto, podríamos decir que de un objeto unidimensional donde ser mayor se define sólo por la edad, nos desplazamos hacia un objeto pluridimensional, donde convertirse en persona mayor no tiene que ver únicamente con la cantidad de años vividos sino también con una multiplicidad de factores adicionales, como las transformaciones del cuerpo, de la psique, de los efectos que estos cambios imprimen en la relación del individuo con el entorno y, sobre todo, lo que socialmente hemos aprendido que significa ser mayor.

El objetivo principal de este trabajo ha sido abordar a partir del género crónica distintas experiencias de la tercera edad durante la emergencia sanitaria por el Coronavirus en el Área

Metropolitana de Buenos Aires sobre todo durante el año 2021 para, asimismo, reflexionar acerca de las representaciones sociales existentes en torno de esta población.

El contexto cobra especial relevancia no sólo porque fue el momento en el cual se llevó a cabo el trabajo de campo sino porque, como sostiene María Laura Oliveri en *Envejecimiento y Atención a la Dependencia en Argentina* (2020), los servicios de atención a la tercera edad se vieron fuertemente afectados durante este período, ya sea por el mayor riesgo de muerte que tienen las personas mayores debido a sus comorbilidades, o porque las residencias de larga estadía constituyeron uno de los principales focos de contagio, entre otros factores.

Agrego: porque la pandemia y las consecuentes medidas sanitarias, sin poner en dudas su validez, al tiempo que velaron por la salud y el cuidado de las personas mayores, pusieron en jaque a muchos de los derechos contemplados por la Convención. Entre ellos, el derecho a circular libremente, a la igualdad de condiciones con otros sectores de la población, al esparcimiento, entre otros. Las historias aquí reunidas también intentan abordar esta situación compleja.

Las crónicas son cuatro: “Últimos frutos”, “La Independencia”, “Vacunas” y “Clandestinas”. Cada una de ellas, a su forma, propone un camino distinto desde el cual —por una vez, al menos— pensar la tercera edad, asomar la cabeza a estas experiencias y, sin pretender realizar un análisis exhaustivo que excedería el marco de este trabajo, preguntarnos por las representaciones sociales existentes que aquí se ponen en juego.

A lo largo de todo este trayecto he intentado nutrirme en, no uno, sino dos mundos poco explorados por mí previamente. El primero es el de las personas mayores, al cual pude acercarme a partir de la lectura de documentos como la ya mencionada Convención, así como también de informes tales como de *Las políticas de cuidado en Argentina. Avances y desafíos* (2018) de la Organización Internacional del Trabajo, además de noticias, cuentos, películas, otras crónicas y, sobre todo, mediante los testimonios de los adultos mayores a los que entrevisté. Para el trabajo de campo, de tipo cualitativo, realicé entrevistas en profundidad desde principios de abril de 2021 hasta finales de septiembre de ese mismo año. La mayoría se llevó a cabo bajo modalidad virtual, principalmente debido las restricciones impuestas por la pandemia, excepto en ocasiones específicas donde la presencialidad fue necesaria, por ejemplo, por ser el único modo de acceder a las fuentes. En esos pocos casos, apliqué todas las medidas de precaución necesarias. También conversé con familiares, trabajadores y profesionales vinculados a la tercera edad.

El otro terreno en el que me aventuré fue el de las crónicas y las concepciones sobre el género crónica. Probablemente aún me queda mucho por aprender, sin embargo, he tenido la oportunidad de disfrutar más en profundidad de autores que sí conocía, como Leila Guerriero, Cristian Alarcón, Jorge Carrión, Martín Caparrós o Maximiliano Tomás, así como de descubrir otros nuevos: Graciela Falbo, Patricia Nieto y Rossana Reguillo.

Por su parte, la producción de estos textos me ha conducido por un camino “marcha atrás”, retrotrayéndome a los inicios de la Carrera de Ciencias de la Comunicación en busca de los aportes teóricos de la narratología aprendidos durante el primer año en la materia anual Taller de Expresión I. Ahí estaban, todavía, Roland Barthes, Tzvetan Todorov y Gerard Genette para darle nombre a esas decisiones que he tomado en la escritura de los textos, para dotarlas de sentido.

De igual modo, este proyecto está inevitablemente atravesado por los aprendizajes sobre las representaciones sociales y la dominación simbólica incorporados durante el Seminario de Diseño Gráfico y el Seminario Optativo “Sentidos oficiales e inconfesables: complicidades inconscientes con la dominación”, a cargo del profesor Federico Ferme, principalmente a partir de los aportes de Cornelius Castoriadis, Pierre Bourdieu y Paul Ricoeur.

Habiendo compartido ya las producciones resultantes, mi propuesta ahora es la siguiente: primero, describiré el proceso de producción de las crónicas desde la narratología a partir de cinco ejes: tiempo del relato, construir personajes, focalización, los comienzos y los finales y una breve digresión sobre las analogías y las metáforas. Luego, compartiré mis reflexiones sobre aquellas características de la crónica que considero que la convierten en un “género” al menos interesante para abordar la tercera edad, para después intentar dar respuesta desde los aportes teóricos sobre la crónica a algunas preguntas que han surgido durante el trabajo de campo y la escritura. Después, realizaré un breve análisis sobre algunas representaciones contemporáneas en torno a la tercera edad. Por último, compartiré unas palabras finales.

Sobre el cómo de la escritura y sus porqués

“Creo que el arte es mucho más que una disciplina, aunque de hecho también lo sea; creo que es un modo de mirar al mundo creado, y de usar los sentidos de modo que éstos puedan encontrar en las cosas tantos significados como sea posible”.

Flannery O’Connor

La narratología, nacida del estructuralismo francés y representada por autores como Roland Barthes, Tzvetan Todorov y Gerard Genette, sostuvo que no hay enunciación sin enunciador, aunque este pueda ser más o menos visible, y en cada caso, está presente no sólo en su relato sino en los recursos y las formas que elige para contarlos (Molina Fernández, 2007). La crónica, sin perder de vista su carácter periodístico, se nutre de los recursos de múltiples géneros, entre ellos, la ficción. El periodista Juan Villoro sostiene que la crónica es “el ornitorrinco de la prosa”, un animal extraño que parecería estar formado con partes de distintas especies. Como resultado, se obtienen producciones polifónicas que condensan recursos de distintos géneros: periodísticos, literarios, de la cultura popular, de la música, entre otros (Villoro, 2006: párr.10). Profundizaré sobre las características de este formato más adelante. En este apartado, en cambio, daré cuenta de algunos de los principales recursos literarios que empleé para elaborar las crónicas que integran esta antología, y detallaré por qué procedí de cierto modo en cada oportunidad. En todo caso, las elecciones que he tomado no han respondido sólo a fines estéticos, sino que se relacionan especialmente con la perspectiva bajo la cual produje cada relato. Como ya dijo Maximiliano Tomas: “La crónica, queda dicho, no busca sólo informar. Sus objetivos pasan, también, por ofrecer una mirada personal de los hechos narrados” (Tomas, 2007: 18).

La mayoría de los recursos que abordaré a continuación están presentes en los cuatro relatos que constituyen este trabajo. Sin embargo, decidí señalar aquellas instancias donde se destacan de manera particular. Probablemente, también, haya otros que no mencione aquí y esto responde a que enumeraré los que considero más interesantes para analizar. El camino queda abierto para el lector que desee profundizar esta búsqueda.

Tiempo del relato: escena y pausa descriptiva

Genette sostuvo que, en toda escritura, los hechos se presentan en forma lineal, una palabra tras la otra, esto es inevitable. Sin embargo, esta linealidad no necesariamente coincide con el

orden temporal en que acontecen los hechos narrados. En los relatos contemporáneos, el narrador suele valerse de diversos recursos para alterar la temporalidad del relato y sortear la complejidad de toda historia que se halla en el hecho de que varios sucesos pueden tener lugar en el mismo momento o involucrar a distintos personajes.

El teórico francés distingue dos categorías: por un lado, el tiempo de la historia, que responde a una secuencialidad lógico causal; por el otro, el tiempo del relato, que es una forma particular de organización del tiempo que realiza un discurso narrativo en relación con el anterior. Sobre este último, Genette señala que existen tres tipos de alteraciones: de orden, de velocidad y de frecuencia, y que cada una de ellas contribuye a la construcción de distintos efectos de sentido (Pampillo et al., 2005).

En las crónicas de esta antología se destacan las alteraciones de velocidad, particularmente la escena y la pausa descriptiva. Junto al resumen y la elipsis, cada uno de estos recursos repercute sobre el ritmo narrativo, haciéndolo más ágil o más lento según el caso.

- Escena

En la escena, el tiempo del discurso pretende imitar el ritmo de la historia, los hechos se presentan como si sucedieran en tiempo real frente a nuestros ojos (Pampillo et al., 2005). En “Vacunas”, este recurso se emplea para narrar el episodio en el cual Alejandro se encuentra infectado con COVID-19 e intenta levantarse de su cama:

Despacio, Alejandro logra despegar uno de los hombros que, como dos anclas de hierro, lo aplastan sin salida contra el colchón. Gira sobre sí mismo hasta alcanzar el borde. Libera los pies sepultados bajo aquella avalancha de seda, busca el piso. El frío de la fibra sintética le raspa las plantas como virulana nueva, pero le agrada. Se deja caer lento. Cuidado, más lento. Apoya una rodilla, luego la otra. Descansa una mejilla sobre el colchón, una nube de algodón que le regala una caricia fresca. *¿Cómo se la estará arreglando mi hija para laburar? ¿Quién le estará dando una mano, ahora que yo no puedo?*

El nivel de detalle de este fragmento no debe confundirnos con una pausa descriptiva, la cual suspende el tiempo en que acontecen los hechos en la historia. Aquí el relato acompaña cada uno de sus movimientos, como cuando leemos que el enfermero “Se deja caer lento. Cuidado, más lento”. En este momento estamos frente a un Alejandro muy distinto al que conocimos al inicio del relato, se nos revela un enfermero muy débil al que efectivamente le lleva una eternidad ponerse de pie. Valiéndome de una descripción minuciosa, busqué poner en palabras ese ritmo de la acción, efecto que se refuerza mediante la elección del tiempo verbal

presente. Por otro lado, considerando que la crónica toma de la ficción la cualidad de operar a través de los sentidos, empleé comparaciones fuera de lo habitual que me permitieran dar cuenta de lo que Alejandro escuchaba, olía, percibía al tacto. En este caso, “la fibra sintética le raspa las plantas como virulana nueva”, acerca dos campos en principio ajenos, distantes, como lo son una alfombra y una esponja de alambre, para dar cuenta de una textura áspera. Sobre este punto, en *El arte del cuento* (1993), Flannery O’ Connor sostiene que la principal característica de la ficción es “que transmite de la realidad lo que puede ser visto, oído, olido, gustado y tocado” (1993: 205). En este momento de “Vacunas”, las construcciones como “siente un calor húmedo en la nuca. Bali le besa el cráneo y salta de la cama”, funcionan como imágenes con las que se espera que el lector pueda familiarizarse y de esta forma fortalecer la verosimilitud. La escena aquí permite representar ese esfuerzo desmedido que efectivamente le demandaba al personaje llevar a cabo una acción tan simple como levantarse de la cama. No obstante, él sólo desea retomar la marcha, volver a atender.

- Pausa descriptiva

Como mencioné más arriba, la escena se distingue de la pausa descriptiva ya que en esta última el narrador no pretende emular el tiempo de la historia, sino que se demora en el discurso, el ritmo se detiene. En “Últimos frutos” utilizo este recurso para dar cuenta del aspecto del salón de fiestas de la asociación, devenido vacunatorio contra la gripe:

El salón es un espacio ridículo, desencajado. Es la música tecno a todo volumen del coche que pasa por la esquina de casa el domingo a la mañana. Pareciera que en el techo comenzó una fiesta que nunca llegó a celebrarse, que debió dejarse por la mitad. Entre los telones blancos que cubren el cielorraso, asoman dos expectantes bolas de espejos. Cuelgan sobre la cabeza de una docena de personas con pocas ganas de levantarse de sus asientos, unas sillas de hierro que se empaquetan, tercas, en medio de lo que solía ser una pista de baile. Cada tanto, la brisa arranca algún destello del cartel que desea “FELIZ CUMPLEAÑOS” en papel metalizado y que nadie nunca despegó de la pared. Abajo, el piso gris de granito y una mesa larga de plástico, sin mantel ni sanguchitos, con jeringas. El salón es un show de Madonna en un hospital.

Aunque no toda descripción es una pausa, aquí sí lo es, ya que los hechos se han interrumpido. Genette define la pausa como aquellas “descripciones que emprende el narrador deteniendo la acción e interrumpiendo la duración de la historia” (Pampillo, 2005:54). La pretensión básica de emplear este recurso es construir un escenario verosímil, transmitir la atmósfera de aquel espacio donde sucede la acción de forma que resulte casi tangible para el lector. Pero aquí, también, hay algo más.

En el fragmento nos enteramos de que, en el tiempo presente de la historia, el salón está siendo usado para un fin distinto del que solía tener. Y esto lo sabemos por la enumeración de objetos que nos hablan de aquel pasado y que sin embargo permanecen en el lugar junto a aquellos otros que se han agregado recientemente: una bola de espejos sobre unas pocas personas sentadas, sillas de hierro que ocupan la pista de baile, un cartel de “FELIZ CUMPLEAÑOS” abandonado, una mesa de vacunación. El objetivo de acudir a este recurso fue presentar al salón como núcleo de transición entre el pasado pre pandémico y el presente de distanciamiento social, y los efectos de esa transición sobre los espacios de ocio de los adultos mayores. Como resultado, distintos ámbitos que formaban parte del entretenimiento y la sociabilidad de las personas mayores quedaron reducidos a lugares asépticos, médicos, malogradas salas de espera.

Otro ejemplo interesante para abordar este recurso lo encontramos en “La Independencia”. Al presentar a Norma, se realiza una pausa descriptiva sobre un cuadro colgado en la pared:

Al lado, una réplica de ‘Suspiros de sal: Muchacha en la ventana’, de Salvador Dalí. En la pintura, una mujer vestida en un camisón blanco y celeste apoya los codos en el alféizar. La chica le da la espalda a una habitación que tiene una pared color rosa pálido y un piso de madera clara. Su atención está en lo que hay allá afuera: el mar azul, el cielo inmenso, el puerto. La brisa de la costa se cuele y le sacude las cortinas.

¿Por qué la crónica se detiene en una pintura? Debemos recordar que, en todo relato, una mirada, un cuadro, un salón, no son sólo eso, también son indicios. Según Barthes, los indicios son unidades que poseen significados implícitos y como tales “implican una actividad de desciframiento: se trata para el lector de aprender a conocer un carácter, una atmósfera” (Niccolini, 1977:21). En el ejemplo que tomo aquí, el cuadro en el que se detiene la pausa descriptiva funciona como indicio que establece una semejanza entre la mujer de la pintura y Norma. Ambas le dan la espalda a la monotonía y deciden vivir asomadas al mundo. Al mismo tiempo, alude a la situación de los residentes de la Independencia, quienes desde el encierro observan el mundo exterior girar. Como se puede ver, las pausas descriptivas permiten detener el ritmo para poner foco en aquello que se desea resaltar. Sin embargo, no importa cuán detallada sea la descripción, en lo que a estas crónicas concierne, por lo menos, el lector deberá hacer un esfuerzo por mirar más allá de la superficie.

Construir personajes

Toda buena crónica procura presentar sujetos memorables. Refiriéndose al cuento, O' Connor señala que uno de los errores más comunes al escribir es concentrarse en la historia como una temática sin profundizar en los agentes que la protagonizan, es decir, los personajes. Sin embargo, la escritora afirma que en las mejores producciones “es la personalidad del personaje la que crea la acción de la historia” (1993:209). Para abordar este punto, retomaré un fragmento de “La Independencia”: “La voz de Liliana es el rugido áspero, lastimoso, de quien se ha acostumbrado desde muy joven a fumarse los ratos libres a bocanadas, a consumirse en un pucho o dos ese espacio inútil, que rara vez es más que una brecha hueca entre deber y deber”.

Con Liliana compartí nada más —y nada menos— que una charla telefónica. Sólo una. No nos vimos personalmente. Luego de ello, no volvimos a hablar. Entonces, considerando mis circunstancias, me pregunté ¿cómo puedo construir un personaje completo, coherente y creíble a partir de una sola conversación? Busqué un rasgo distintivo y me pareció buena idea partir de lo que más había podido captar de ella: su voz. ¿Cómo era esa voz? Áspera. Lastimosa. Abocada a los deberes, consumida por las obligaciones. Describiendo un rasgo superficial podía, al mismo tiempo, hablar de su profundidad.

En esta misma crónica, para el caso de Paula, la sobrina de Mirta que lidia con el PAMI, me pareció apropiado conservar su forma de expresarse. En este sentido, O' Connor señala la importancia de atender a los hábitos y al lenguaje de los personajes para que no suenen como “estudio de televisión” (1993:210). Y la expresión de Paula se distingue por la proliferación de insultos. Dice cosas como: “Tía, la puta que te parió” o “Boludo, me acaban de llamar del Sirio Libanés. No sé qué carajo pasó con la tía”. Decidí que mantener los discursos originales aportaba a esa construcción. Además, consideré que la combinación de palabrotas y risas lograba tal contraste respecto del resto de la crónica que resultaba un procedimiento apropiado para retratar la frustración que atravesaba la sobrina de Mirta.

Una mayor dificultad para mí presentó el personaje de María Inés en “Vacunas”, en tanto que ella acababa de atravesar la muerte de su esposo, un tema muy importante como para pasar por alto. Sin embargo, al mismo tiempo, necesité aislar ese hecho al momento de hablar de ella y ser honesta con lo que pude conocer. En definitiva, se trataba de una viuda que, incluso habiendo perdido a su marido por Coronavirus, se resistía a aplicarse la vacuna. Finalmente la

presenté así: “Tiene ochenta y dos años y está jubilada. Mira a través de un par de ojos que son dos líneas curvas hacia arriba, que parecen estar al mismo tiempo riendo y sospechando. —Yo decidí no vacunarme. Nunca me resfrío, nunca me enfermo. Mis nietas tampoco”.

Me pareció claro que un rasgo destacable en María Inés era el escepticismo, el humor y cierta terquedad. Tal es así que el apartado que aborda su historia cierra con el rechazo a la vacuna frente a la insistencia de su hijo: “Él sabe que yo, ninguna vacuna. Ninguna”. Se trata, en palabras de O’Connor, de “mostrar lo que harían ciertos tipos, y lo que harían pese a quien pese, contra viento y marea” (1993: 202). Quizás, en un cuento trillado, la viuda cambiaría de opinión y cedería ante las desventuras del destino. En las buenas ficciones, y en la crónica, esto no sucede.

Focalización

El término “focalización” fue introducido por Gerard Genette, y luego retomado por Mieke Bal para dar cuenta del procedimiento mediante el cual la ubicación del foco en el relato tiene implicancias sobre la información que provee. Fue primero Tzvetan Todorov quien, a partir de la clasificación del crítico Jean Pouillon, desarrolló categorías para este tipo de análisis. Sin embargo, mientras para este último tanto los datos que ofrece la focalización como aquellos que brinda la voz pertenecen a la categoría del narrador, para Genette, estos elementos deben analizarse por separado (Pampillo et al., 2005).

Para explicar el concepto de focalización, Bal sostiene que la percepción es un proceso psicológico que depende en gran medida de la posición del cuerpo perceptor, y la forma en que se ven los hechos se relaciona con múltiples factores tales como la distancia o la familiaridad respecto del objeto, o la edad del observador, entre otros. Para ella, la focalización en el relato puede entenderse como “la relación entre los elementos presentados y la concepción a través de la cual se presentan” (Bal, 1998: 108). Es válido sostener entonces que, en tanto punto de vista, la focalización implica siempre un recorte, una posición desde la que se mira, que trae a la luz cierta información y deja en las sombras otra. En esta línea, la narratóloga denomina “focalizador” al sujeto desde el cual se observan los hechos, que puede pertenecer a la historia o no. Si este sujeto es un personaje, estamos frente a una focalización interna, en cambio, si el sujeto está situado fuera de los hechos, se trata de una focalización externa.

Si bien la focalización puede variar a lo largo de un mismo texto, en las crónicas de esta antología podría decirse que predomina la de tipo interno, la mayoría de las veces

posicionándose desde el punto de vista del personaje de la cronista, ya que conocemos los hechos a través de su percepción. Al mismo tiempo, frecuentemente, coincide con la voz narrativa. Este procedimiento es particularmente evidente en “Clandestinas”, por ejemplo, cuando la cronista ingresa a la casa de Nilda y se encuentra con la Comisión: “Cuando me ven, se detienen y, por un momento, siento como si acabara de interrumpir una reunión importante. Acto seguido, sin embargo, me saludan desde su sitio con una sonrisa”.

Siguiendo a Ana Sarchione, es posible sostener que el punto de vista tiene incidencia en el sentido. Aquello en lo que el personaje focaliza, o su actitud frente a ello, siempre es significativo, nos habla de su visión del mundo (Pampillo et al., 2005). En el caso de “Clandestinas”, la focalización interna en el personaje de la cronista permite dar cuenta de cierta evolución subjetiva hacia el final. A medida que avanza la crónica, el lector atestigua a través de lo que ella ve y escucha y de las deducciones que formula una transformación en los prejuicios del personaje. Si al principio concibe a la tercera edad como una etapa aburrida y predecible, donde no hay más que quedarse en cada “matando el tiempo, tejiendo, cocinando, leyendo”, acaba descubriendo en sus entrevistadas prácticas que rompen con sus creencias; ellas disfrutan “hacer los mandados, salir, juntarse”.

Por su parte, en la escena que tomé previamente de “Vacunas”, es posible encontrar que el focalizador no es el personaje de la cronista sino Alejandro, que está en cama con COVID-19. Tomemos ahora otro fragmento de la misma:

Estira un brazo y se aferra al catre de madera, después el otro. Toma aire —o hace que toma aire— y empuja su cuerpo hacia arriba. *¿Cómo estarán atendiendo a los pobres viejos, que están tan solos?* Casi logra enderezarse, pero las piernas dudan y se tambalean. Improvisa una caída segura sobre el colchón. Con los ojos muy cerrados espera. Siente un calor húmedo en la nuca. Bali le besa el cráneo y salta de la cama.

La decisión, nuevamente, no es arbitraria. En primer lugar, percibir el aislamiento desde la conciencia de Alejandro permite al lector acceder a un espacio privado y solitario al que ningún otro personaje de la historia ha podido acceder. Pero, más aún, posicionarse desde su punto de vista produce un acercamiento hacia aquel padecimiento del cuerpo mayor que protesta de dolor frente a la subjetividad que insiste con retomar la acción. Las frases incluidas en *italicas* señalan que los testimonios corresponden a su interioridad, su conciencia. Se trata, en definitiva, de que el lector experimente en carne propia la impotencia del querer y no poder, y de los miedos que amenazan en la oscuridad de la soledad.

Los comienzos y los finales

Existen diferentes formas de comenzar una crónica. En esta antología exploré diversos caminos para abrir cada historia. Aquí, me gustaría poner en relación especialmente dos de ellos. Uno es el principio “Vacunas”:

Las primeras vacunas contra el Coronavirus llegaron a la Argentina en la Nochebuena del 2020. Se trató de un cargamento de trescientas mil dosis de la variante rusa Sputnik y su principal destinatario fue el personal de salud. Los adultos mayores de sesenta años, al ser considerados dentro de los grupos de riesgo, recibieron su turno poco después.

Considerando lo anterior, retomemos ahora el comienzo de “Últimos frutos”:

Los sábados suele pasar que, de vez en cuando, está preparando la cena y alguien la llama. Antes de contestar, ella sabe que del otro lado del auricular escuchará la voz de alguno de sus *jubis* que le dirá “¡Ay, Rosita, me equivoqué, perdón!” pero igual siempre atiende porque se da cuenta de que en realidad no fue un error. Entonces, mientras cocina, charla, y de paso a ella también se le hace más ameno.

Posiblemente, el lector perciba que se trata de comienzos muy distintos, pero ¿en dónde radica la diferencia? Siguiendo a Barthes, diré que cada caso responde a una de las dos funciones de naturaleza integradora que distingue el teórico literario: mientras el inicio de “Vacunas” cumple una función de informante, el principio de “Últimos frutos” funciona como un indicio, concepto que he mencionado al principio de este trabajo (Klein, 2007: 33).

En otras palabras, el primero de los ejemplos brinda datos que nos ubican en el tiempo y en el espacio de la historia. El lector se entera de que la crónica parte desde la llegada de las vacunas contra el Coronavirus a la Argentina, y de que el personal de salud y los adultos mayores serán uno de los primeros grupos en recibirlas. “Últimos frutos”, en cambio, avanza desde un dato que encierra un significado implícito que debemos interpretar y que da cuenta de la psicología de un personaje. Aquí, podemos descubrir que Rosita es una persona para quien las fronteras entre el trabajo y la vida privada son más bien difusas, y que la relación que mantiene con sus *jubis* involucra parte de su vida privada.

Si bien estamos ante propuestas de apertura muy diferentes, estos dos ejemplos nos importan porque, más allá de todo, tienen algo en común y es el hecho de que esos detalles que se revelan al principio se relacionan fuertemente con el nudo de la historia y su resolución sobre el final. Los primeros renglones de “Vacunas” no sólo contextualizan, sino que, además, adelantan la contradicción existente en el personaje de Alejandro, quien es al mismo tiempo personal de salud y adulto mayor, lo que en tiempos de pandemia se traduce como personal esencial y persona de riesgo. Durante toda la historia, el enfermero se reconocerá con el

primero de estos dos términos y jamás con el segundo. Sin embargo, en el último episodio, el poder estatal encarnado en la figura de un funcionario público echará por tierra ese reconocimiento y le ordenará: “Vos sos de altísimo riesgo, andá para casa. No tenés nada que hacer acá”. La historia se cierra con Alejandro cediéndole “la llave” del vacunatorio a su compañero más joven. La contradicción se ha resuelto.

En “Últimos frutos” la escena inicial, además de presentarnos a Rosita, guarda una función premonitrice. Avanzada la historia, la trabajadora del ANSES recibirá otro llamado, aunque entonces no serán buenas noticias: se enterará de que su *jubi* favorito acaba de ser internado. A partir de entonces la crónica desarrolla el significado todavía oculto pero latente en el título, que es la proximidad y el miedo a la muerte.

Breve digresión sobre las analogías y metáforas

Si bien hasta aquí he realizado un análisis valiéndome de distintos referentes de teorías de la narratología, me gustaría cerrar esta sección con una pequeña observación recurriendo a algunos conceptos de la retórica. Sobre todo, en el caso de “Últimos frutos”, descubriremos que en esta crónica priman las analogías y metáforas. El filósofo Chaim Perelman sostiene que la analogía “afirma una semejanza de relaciones”, una proximidad que nunca significa igualdad (Perelman, 1977: 62). Si retomamos la pausa descriptiva en el salón vacunatorio, esa semejanza se establece entre “el salón” y “la música tecno a todo volumen del coche que pasa por la esquina de casa el domingo a la mañana”, o bien entre “el salón” y “un show de Madonna en un hospital”. Este juego de relaciones pretende causar la impresión de aquel espacio que solía ser de encuentro y celebración, y que, pandemia de por medio, ha sido adaptado para fines sanitarios. El resultado es “ridículo, desencajado”.

Podemos abordar la analogía, también, a partir de la siguiente pausa descriptiva en “Clandestinas”:

El universo de Nilda es uno de ornamentos. En el living-comedor, el enorme sofá, un Titanic de pana, lucha por salir a flote de un profundo océano de almohadones a puntillas y flores bordadas de raso rosa. Tomamos asiento junto a una mesa de madera amplia cubierta por un mantel blanco, los bordes también a puntillas, las mismas flores de raso.

Aquí se equipara el sillón de Nilda con un barco inmenso hundiéndose en adornos cursis. Más tarde en el texto nos enteramos de que la presidenta del Centro ocupa gran parte del tiempo del aislamiento haciendo manualidades. En principio, nos adelanta esa forma

particular de tramitar el encierro. Sin embargo, toda analogía “pone ciertas relaciones en evidencia y deja otros caracteres en la sombra” (Perelman, 1977: 65). Entonces, ese “mundo de ornamentos”, podríamos decir que son los artilugios con los que Nilda decora su discurso para “tapar” el hecho de que la Comisión ha estado reuniéndose durante el aislamiento. Ella “ornamenta” su discurso frente a la cronista. La analogía, de algún modo, anticipa su accionar. Como podemos ver, este recurso se emplea para asentar la mirada crítica que se posa sobre lo que está pasando.

Por su parte, la metáfora es el recurso que le otorga a “Últimos frutos” su sentido, su coherencia. En el capítulo XXI de su *Poética*, Aristóteles define la metáfora como “una figura que consiste en dar a un objeto el nombre que conviene a otro” y explica que dicha transferencia puede ser del género a la especie, de la especie al género, de una especie a otra, o sobre la base de una analogía. Perelman toma esta última definición aristotélica para sostener que la metáfora “no es sino una analogía condensada, gracias a la fusión del tema y del foro” (1977: 66).

Seguramente podamos descubrir otras, pero la metáfora protagonista de esta crónica es la que remite al cultivo, que está presente desde el título. Retomemos, por ejemplo, el momento en el que conocemos a Dora: “Los lentes de vidrio grueso descansando sobre la nariz, las uñas cortas y sin pintar sobre el pantalón. Me alegró cruzarla, el cultivo suele tenerla muy ocupada”. El cultivo tiene en este texto un —al menos— triple significado. En primer lugar, su sentido literal. Dora realiza tareas de huerta en su casa: planta ajos, cosecha tomates. Pero, a medida que avanza en la historia, el lector comprenderá que existe otro cultivo al que Dora se aboca, es decir, su actividad intelectual. Dora se cultiva, se capacita constantemente, siempre busca aprender algo nuevo. La analogía detrás es “el cultivo es a la huerta lo que el estudio al conocimiento”.

Tenemos, también, un tercer significado latente. Hacia el final, nos enteramos de la muerte de Huguito, el *jubi* preferido de Rosita. Mientras me encontraba escribiendo la crónica, esta información mereció un debate interno. ¿Qué lugar ocuparía este acontecimiento en la historia? Cuando decidí que el suceso era importante, pasé a preguntarme de qué forma relatar el hecho para que pesara como hito sin desentonar. El recurso llegó, nuevamente, de la mano de la metáfora: “Sin embargo, en tiempos de pandemia, las alegrías escasean y las partidas abundan frente a los encuentros. Y las hojas se retuercen, inútiles, frente al verde pálido que augura el cambio de estación”. La analogía condensada aquí es “las hojas marchitas son a las plantas lo que la vejez a la vida”.

Entonces, el tercer sentido que engloba el cultivo en esta crónica es el de la experiencia individual atravesada por el acontecimiento natural, es el quehacer del individuo frente el inevitable curso de la vida. Es lo que sucede con Huguito y lo que se remueve internamente en Dora, quien ocupa su tiempo plantando y estudiando, pero cada tanto cae en la cuenta: “está peligroso”. En las últimas líneas leemos: “Las manos se mueven por la esperanza del próximo brote. Plantar, tomar y despedirse. Plantar, tomar y despedirse”. Dora cultiva y, al mismo tiempo, cultiva sus días, aprende a sortear las vueltas inevitables de la vida, esas contra las cuales no se puede luchar. Los “Últimos frutos” son los que arranca Dora de su huerta, es la actividad de cultivarse intelectualmente en la última etapa de la vida y el encuentro con la muerte o la idea de la proximidad de la muerte, también.

Con que esto es la crónica

“El prejuicio que veía al escritor como artista y al periodista como artesano resulta obsoleto. Una crónica lograda es literatura bajo presión”.

Juan Villoro

Al principio, imaginé para mi tesina una producción de ficción. Siempre me había gustado escribir cuentos y el Taller de Expresión I fue una de mis materias preferidas de la carrera de Ciencias de la Comunicación. Quería darle fin a esta trayectoria contando una historia extraordinaria, memorable, original. Sin embargo, la búsqueda de ese relato inolvidable me costó varias idas y vueltas, un par de crisis existenciales, unas cuantas trabas creativas y una cuasi renuncia. Cuando volví con el caballo cansado, mi primera tutora Claudia Vespa sugirió probar con la crónica. Acepté sin más, como se aceptan muchas veces algunas cosas que debemos hacer: más por resignación o por hastío antes que por gusto. En fin, me zambullí con los ojos cerrados. No tenía idea de en qué me estaba metiendo.

Lo cierto es que conocía poco y nada sobre crónica antes de realizar este trabajo. Si bien había explorado un poco del género en el Taller III, creo que nunca le había dado realmente la oportunidad. Es que, para mí, hasta entonces, toda producción perteneciente al mundo del periodismo era susceptible de ganarse la etiqueta de “aburrida”. Las reglas del discurso periodístico —el tradicional— me parecían demasiado estrictas a la hora de apretar las teclas y dar forma a las palabras. Sin embargo, Vespa me adelantó que la crónica seguía otros códigos, que me permitiría hallar en la realidad una historia que contar y que, en cierta medida, algunos de los mejores rasgos de la literatura seguirían allí presentes.

“Voy a aprender todas las reglas de este género para hacerlo como corresponde”, me propuse, inocente. Pronto, me daría cuenta de que escribir crónicas —sorpresa— no es tan sencillo. Incluso su definición ha sido campo de amplios debates. Bien, aún no soy experta en la materia. Pero esto es lo que pude aprender.

No, ahora de verdad. Esto es la crónica

En lo que a este trabajo respecta, es posible notar dos hipótesis implícitas: la primera, que la crónica puede ser un género interesante para abordar el tema de la tercera edad. La segunda, que esto es así porque muchas de sus características constitutivas nos permiten profundizar

no solo en las experiencias sino también en las representaciones sociales existentes en torno a las personas mayores.

Antes de llegar a esa instancia debemos ponernos de acuerdo, sobre todo, considerando que los objetos que aquí se tratan son complejos. Ya se han establecido los puntos de partida desde los cuales se abordará la tercera edad. Ahora, es momento de definir “crónica” y “representaciones”. Entonces, empecemos por el principio. Definamos qué entendemos por crónica en el marco de este trabajo. Luego pasaremos a las representaciones.

Mencionamos que definir a la crónica no es sencillo. Previamente citamos a Villoro para adelantar que este tipo de escritura se vale de los recursos de múltiples géneros: el periodismo, la ficción, la música, entre otros. En palabras de Graciela Falbo, se “nutre y absorbe los nuevos discursos que emergen en el intercambio social del que ella misma participa” (2007: 14). Para quien no conoce su origen —como yo hasta hace poco— podría asumir que esta particularidad responde a una mera decisión estética. Algo así como un contar lo que pasa, pero dándole un giro innovador, creativo. Pero hay algo más.

Sobre sus raíces, varios autores coinciden en que se trata de un género latinoamericano. Martín Caparrós dice que América misma se hizo en la crónica —de Indias, aclara—, de la mano de aquellos colonizadores que llegaban desde el otro lado del océano y escribían lo que veían. Sin embargo, sostiene, su popularidad empezó a opacarse a partir del siglo XIX, cuando, con el surgimiento de ciertas innovaciones tecnológicas, comenzaron a aparecer nuevas formas de contar. Primero la fotografía, luego el cine y más tarde la televisión; los modos modernos de narrar fueron desplazando del centro a la palabra escrita (Tomas, 2007).

Muchos coinciden en que la crónica como la conocemos hoy se relaciona con el propósito que adquirió más tarde, desde mediados del siglo XX, cuando apuntó a construir un relato contrapuesto al hegemónico, que recuperara aquellas voces de la complejidad social que eran silenciadas por el discurso del poder. Entonces mencionan a Rodolfo Walsh —a quien sí había leído antes de comenzar este trabajo— a Enrique Raab y a Tomás Eloy Martínez, quienes conformaron aquella camada de periodistas argentinos que ejercieron su oficio valiéndose de las herramientas de la ficción, sin todavía bautizar a ese modo particular de contar. En paralelo, en Estados Unidos, Truman Capote, Tom Wolfe y Norman Miller procedían de forma similar, rotulando su práctica como “Nuevo periodismo” (Tomas, 2007). Sobre este punto, y retomando aquella característica polifónica del formato, Rossana Reguillo sostiene que la crónica es una “forma de relato, para contar aquello que no se deja encerrar en los marcos asépticos de un género” y como tal debe pasar los límites, extender sus fronteras hacia otros discursos para poder narrar lo que denuncia (Falbo, 2007: 42). Desde esta

perspectiva, el cronista, en su labor, en tanto que aborda la desigualdad, el crimen y la injusticia en manos del poder, se convierte en “un incómodo testigo de aquello que no debiera verse” (2007: 43).

La crónica y la tercera edad

Comenzamos a visualizar la relación entre la crónica, las representaciones sociales y la tercera edad. Dice Martín Caparrós: “La información —tal como existe— consiste en decirle a muchísima gente qué le pasa a muy poca: la que tiene poder” (Tomas, 2007: 11). Antes de la llegada de la pandemia, rara vez había lugar en las noticias de televisión abierta de Capital Federal para los adultos mayores. Y cuando lo había, aparecían o bien como jubilados en columnas de especialistas en asuntos previsionales o como víctimas de algún delito. Así lo demostró la Dirección de Análisis, Investigación y Monitoreo de la Defensoría del Público a partir de un monitoreo que realizó en 2019 (Defensoría del Público, 2020). Por su parte, como explica el periodista argentino especialista en gerontología, Gabriel Katz, si bien la llegada del Coronavirus propició la visibilidad de los adultos mayores en los medios masivos, se trató sobre todo de noticias que reprodujeron de aquel discurso dominante que homogeniza realidades. Expertos de los campos de la salud, la psicología o la política enumeraban porcentajes informando cuántos “abuelos” se vacunaban, cuántos “jubilados” se contagiaban, cuántos “viejitos” fallecían (Televisión Americana Latina [TAL], 2020).

No obstante, en el espacio virtual hubo alguna producción gratificante. De hecho, podría decirse que este proyecto encontró su principal inspiración en la crónica que escribió la periodista y politóloga Tali Goldman para *Anfibia*: “¿Cómo están los viejes?” (2020). En ella, Goldman relata el día a día de los adultos mayores en distintos hogares del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), reúne testimonios también de familiares y cuidadores. Incluso, aborda su propia experiencia con su abuela, también residente de uno de estos espacios: “Hay que sacar un turno y solo se puede estar quince minutos. Es jueves 17 de septiembre, desde marzo no la veo. Estoy nerviosa, sensible”, escribe (2020: párr. 22).

El tipo de escritura, el análisis de las representaciones sociales y la tercera edad coinciden aquí en un objeto tripartito que reclama, ante todo, un tipo de observación particular que busca en lo que ha quedado fuera de campo, en lo que ha sido relegado a los márgenes. La crónica, que se caracteriza por una “mirada desnaturalizada de la ciudad”, permite contar el universo de aquellos que “no se exponen en los medios de comunicación como sujetos de derecho sino estigmatizados” (Vespa, Lojo y Pojomovsky, 2018: 10) lo cual resulta

particularmente cierto, hemos visto, para el caso de los adultos mayores. Ambos, un formato que se plantea una y otra vez como pregunta frente a las obviedades, y un sujeto sobre el que confluyen múltiples creencias y prejuicios, constituyen un campo propicio para aventurar un acercamiento hacia las representaciones sociales contemporáneas en torno a la tercera edad.

Deseaba cerrar mi paso por Comunicación contando una historia extraordinaria, memorable, original. Mientras permanecí sentada frente a la pantalla en blanco, el toque mágico de la varita de la inspiración nunca llegó. Asumido el desafío de la crónica, me vi obligada a desviar la mirada, a moverme de la silla. Y en ese intento que Caparrós describe como “mirar donde parece que no pasara nada, aprender a mirar de nuevo lo que ya conocemos” (Tomas, 2007: 10) aparecieron estas historias.

Los recursos del cronista

Distintos autores, en su mayoría provenientes del campo del periodismo, muchos de ellos mencionados en el apartado anterior, han reflexionado no sólo sobre las características de la crónica sino también sobre el oficio del cronista, sus metodologías de investigación y los desafíos de la práctica. Al parecer, no es posible aprender la teoría como una suerte de “Paso-a-paso para escribir una crónica” y esperar que las cosas resulten de acuerdo a lo planeado. La puesta en marcha convoca sus propios desafíos. En lo que sigue, intentaré a partir de estos aportes teóricos sobre la crónica, dar respuesta a algunas preguntas que han surgido durante el trabajo de campo y también, en el proceso de escritura.

La figura del cronista

Previamente, mencioné que Nilda “ornamenta” su discurso. Primero, ante la pregunta “¿Hace cuánto se juntan?”, dice que la Comisión retomó sus reuniones unos días atrás. Más tarde, cuando reitero la consulta, declara que viene haciéndolo hace un par de meses. Gesticula con las manos. De a ratos, mira al micrófono. ¿Me miente? Otra de las integrantes de la Comisión prefiere no declarar ¿por qué? ¿Qué representa la figura de una periodista?

Patricia Nieto sostiene que entre cronista y personajes-entrevistados existe una relación de desigualdad, en tanto que el primero de ellos solicita la entrevista, orienta la conversación y elige los temas a tratar (Falbo, 2007). Si bien Nilda me abre las puertas, cuando el micrófono se enciende, es la señal de que el registro ha comenzado. Es posible que, a sabiendas de que

en ese momento en su casa estaba haciendo algo en teoría “trasgresor”, temiera ponerse en riesgo con sus propias palabras.

Una pregunta similar se formuló mientras realizaba entrevistas para “La Independencia”. En realidad, yo deseaba que esta crónica incluyera también el testimonio de los beneficiarios de la residencia. Conocer su experiencia de primera mano podría haber sido muy enriquecedor para el texto. Manifesté mi interés en reiteradas ocasiones, primero a Romina, después a Norma. Este fragmento lo evidencia: “Pregunto si existe la posibilidad de hablar con alguno de los residentes de la Independencia.

—Lo vemos — responden”.

Más tarde, me dijeron que la visita presencial no podría ser debido al protocolo. Sugerí una entrevista virtual, que era mi primera opción de todas formas. Argumentaron que muchos residentes no sabían usar dispositivos, o que había que consultar primero a las familias. Bien, dejemos de lado estas razones que me resultaron tan frustrantes como entendibles. En uno y otro caso, podemos ver cómo las entrevistadas ejercen su poder en tanto dueñas de la palabra y de las historias que yo, cronista, estoy buscando. Allí donde la pregunta se asoma sobre asuntos que prefieren mantener en privado, callan, esquivan, reformulan, o limitan el acceso hacia otros entrevistados.

La información para afirmar, refutar... ¿y olvidar?

No debemos olvidar que, ante todo, la crónica es periodismo. Y en el discurso informativo, el dato es muy importante, ya que sobre él se sustenta la afirmación. Por eso, intento enriquecer cada relato con información, lo que es particularmente evidente en “Clandestinas”, donde las estadísticas de la ENCaViAM (Encuesta Nacional sobre Calidad de Vida de Adultos Mayores) se “hacen cuerpo” en las distintas historias de vida de las integrantes de la Comisión. Al presentar a María Laura, la exdocente que ama viajar, escribo:

Datos de la ENCaViAM sostienen que, por lo menos antes de la pandemia, casi un 20% de las personas mayores había participado de algún viaje en los últimos tres meses. Además, alrededor de dos tercios se reunían con amistades para charlar, tomar café. También, casi uno de cada cuatro asistía a conciertos, recitales, cine, teatro, etcétera y/o se juntaban a jugar a las cartas, dominó. Al Burako.

En este caso, las cifras pretenden dar cuenta de las características de las protagonistas que coinciden con las estadísticas de la población de tercera edad y desmitificar la idea de la ancianidad como una etapa de la vida pasiva, sedentaria y solitaria.

No obstante, como sostiene Martín Caparrós, también es cierto que la información juega en la crónica un papel diferente al que desempeña en el discurso informativo. Aquí, antes que brindar certezas, el dato habilita la duda (Tomas, 2007). Lo que es cierto en esta historia, mientras se citan noticias que señalan las conductas transgresoras de la juventud, a partir de los testimonios de los personajes, conocemos situaciones en las que los adultos mayores también rompen las reglas de vez en cuando.

Otras veces, la información se presta al servicio de la objeción. Un ejemplo en este sentido podemos verlo en “Vacunas”, cuando María Inés manifiesta su descontento respecto a las medidas sanitarias por el Coronavirus:

—Como persona mayor, sé que hubo muchas epidemias y jamás se hizo algo así. Y las hubo. En 1870 y 1871, la fiebre amarilla causó estragos en Buenos Aires. Hubo días en los que murieron más de 500 personas, con un total aproximado de 14.000 muertes. Para mediados del 2022, el Coronavirus se había cobrado más de diez veces esa cantidad, casi 129.000. Eso, sólo en nuestro país.

En el fragmento citado, el dato pretende refutar el testimonio de María Inés. Viene a decir “es verdad, nunca se hizo algo así, pero tampoco jamás existió una crisis sanitaria de tal magnitud”. Ponerlo en esos términos, sin embargo, no tendría el mismo peso que citar números oficiales.

Ahora bien, las cifras nos brindan un marco verosímil, sí, pero son olvidables. Los porcentajes y las estadísticas no perduran mucho tiempo en nuestro recuerdo, no convocan nuestra emoción. Por eso, la crónica implica un especial cuidado al trabajo estético. Leila Guerriero sostiene que en la escritura periodística no sólo importa lo que contamos, sino cómo lo hacemos: “la estética es una moral” (Sietecase, 2020: 89). Para que el lector se sienta interpelado debemos contarle una historia que lo conmueva; el dato debe ser encarnado en una historia que movilice algo su interior.

En “La Independencia” no habría sido lo mismo decir que “el cuadro de Mirta había empeorado”, a escribir “las piernas de Mirta lucen como la cáscara áspera, verdosa de una mandarina podrida que se cae a pedazos dejando a la vista la carne viva”. Como en este caso, ha sido un desafío poder plantear situaciones concretas, escenas específicas, donde la información cobrara vida dentro de la trama y, en el mejor de los casos, tocara alguna fibra en el lector, ya que, retomando a Guerriero: “Envuelta en el hojaldre bonachón de palabras que no dicen nada, la realidad llega al lector desactivada, sumergida en hectolitros de líquido anestésico” (Sietecase, 2020: 87).

Las voces que están y las que faltan

El título de “La Independencia”, además de referir al nombre de la residencia para personas mayores donde transcurre gran parte de la acción de esta crónica, adelanta la problemática de fondo: con el Coronavirus, la independencia individual, para bien o para mal, se vio afectada y, en el caso de los adultos mayores, por un tiempo considerablemente más prolongado. La crónica se pregunta por cómo los personajes tramitan, a un lado y al otro, esta situación.

Consideré que un tema complejo en cuanto a la cantidad de actores involucrados debía nutrirse por varias fuentes que pudieran aportar perspectivas distintas. Mijaíl Bajtín sostiene que los relatos polifónicos —él habla de la novela, pero por su implicancia en crónica, podemos extrapolar la regla a este género— implican debate entre distintos discursos, lo cual es característico del debate ideológico social. El problema, es “ver de qué modo se da la distribución, inclusión o exclusión de voces sociales desde la conciencia del enunciador, de una conciencia narrativa que tiene como función hablar con otros y desde otros, mezclando la propia voz a otras voces (Pampillo et al., 2005: 13)”.

Teniendo esto en mente, decidí construir la crónica a partir de tres historias paralelas. Por un lado, abordar el trabajo llevado a cabo por Romina y Norma en la residencia Independencia. Por otro lado, contar el deterioro en la salud de la tía Mirta y los obstáculos que debe sortear su familia, principalmente Paula, su sobrina. Por último, conocer a Liliana y su experiencia como Auxiliar Gerontológica del Estado (AGD). Norma y Romina permiten reconstruir la mirada institucional estatal del PAMI (Programa de Atención Médica Integral). A través de sus testimonios, intento dar cuenta de cómo ese poder, al mismo tiempo, cuida y controla, regula y contiene, restringe y acompaña a las personas mayores. En Norma, además, se da una dualidad: se trata de una mujer mayor trabajando en una residencia de personas mayores. Paula y su tía Mirta nutren el relato desde la mirada del usuario.

Aquí, los recursos literarios pretenden reconstruir la experiencia en carne propia de los mayores y sus familias en la puja con otras instituciones de cuidado como el PAMI, las cuidadoras gerontológicas, los geriátricos, y el impacto que tienen en la dinámica familiar las tareas de cuidado de los más grandes de la casa.

Con Liliana, la crónica profundiza en el lugar de las cuidadoras, tema que se adelanta cuando nos enteramos de que la familia de Mirta había contratado este servicio para atender a la tía. Aunque en este caso se trataba de trabajadoras que no estaban registradas como AGD, es posible encontrar más de una similitud en las modalidades de funcionamiento y las

problemáticas subyacentes, principalmente la informalidad que domina en este tipo de trabajo.

El testimonio de Mirta también pretende saldar una deuda, una voz que falta. Como comentamos al principio de esta sección, la palabra de los residentes está ausente en la crónica. Este hecho, asimismo, contribuye a la construcción de la experiencia de los adultos mayores atravesada por el poder, la cual, en condiciones normales también pero aún más en el contexto de emergencia sanitaria, se ve condicionada por distintas instituciones. El hospital, el geriátrico, la familia, con buenas o malas intenciones, ya sea en nombre de la salud, del cuidado o del amor, ejercen su dominación impactando sobre la tercera edad.

Quién habla cuando habla

En un primer momento, muchos de los testimonios de los personajes se habían filtrado en la voz narrativa. Lejos de significar un mero detalle gramatical, esto conlleva implicancias en el sentido que merecen al menos una reflexión. Hay una sutil pero importante diferencia entre escribir: “Los adultos mayores suelen encarar la vida desde las fiestas y los viajes”, a proponer: “[Rosita] me dirá—: Los *jubis* encarar la vida desde las fiestas, los viajes”.

Procediendo como en el primer caso, la instancia narradora, que la mayoría de las veces coincide con la figura del personaje-cronista, está “haciéndose cargo” de las afirmaciones de los personajes-entrevistados, ya que borra las huellas del carácter ajeno del discurso. Bien, no caben dudas, todo cronista tiene una subjetividad que puede llegar a adherir a algunos de los testimonios de sus interlocutores. La crónica, de hecho, desmiente el carácter neutral y supuestamente “objetivo” del discurso informativo dominante y asume su cualidad de recorte, de mirada sobre el mundo. Valiéndose de este formato, el cronista sienta una postura frente al mundo que explora y relata. En palabras de Caparrós: “La crónica, además, es el periodismo que dice yo. Que dice existo, estoy, no te engaño” (Tomas, 2007: 11).

No obstante, toda vez que el cronista no desee asumir como propia una afirmación o testimonio, debe marcar ese distanciamiento. Para eso, se vale de recursos gramaticales como el discurso directo, el cual permite identificar fácilmente dónde comienza la palabra del otro y devolverla a quien corresponde, es decir, a los personajes-entrevistados. Procurar esa distancia respecto al otro resulta esencial en la labor periodística ya que, como sostiene Carrión, es allí donde “se debate la independencia de quien escribe” (2012: 19).

Ni héroes ni villanos

Hablé sobre la construcción de personajes. Sobre este tema, Leila Guerriero cita al periodista norteamericano Jon Lee Anderson para reflexionar acerca de una tentación frecuente en el campo: “Hay muchos periodistas que, a mi juicio, pecan al tratar de crear virtud en la víctima” (Sietecase, 2020: 86). Guerriero argumenta que, con frecuencia, los entrevistados han atravesado situaciones duras, violentas, o injustas, o ambas, y el cronista debe construir su historia a sabiendas. Sin embargo, existe una gran diferencia entre padecer y ser bueno. Los personajes de esta antología sufren de encierro, problemas laborales, miedo, enfermedad, y fallecimientos. Pero eso no los vuelve inmediatamente honrosos. En cada caso, tuve que hacer un esfuerzo para correrme de mi subjetividad y abordar las crónicas, con sus momentos complejos, construyendo personajes no perfectos, sino reales.

Alejandro quisiera ser un héroe, pero la salud no se lo permite, sus hijos no lo dejan y la autoridad estatal no se lo reconoce. Nilda es la presidenta del Centro y tiene buena mano para las manualidades, pero puede que le falte tacto para contener a las socias cuando la están pasando mal. María Inés ha sufrido la pérdida de su esposo recientemente debido al Coronavirus, pero, igual, no dará el brazo a torcer, no se va a vacunar. Paula está siempre a las corridas detrás de su tía, pero un día dice “no más” y, junto al resto de la familia, deciden internarla.

Se trata, en definitiva, de recordar que los entrevistados son personas a las que les han pasado cosas terribles y con ello no hacen siempre lo mejor, sino sencillamente lo que pueden.

Ver a través del otro

Páginas atrás, abordé la escena de “Vacunas” en la cual Alejandro intenta ponerse en pie mientras permanece aislado por estar infectado con COVID-19. Si entonces lo hice para hablar de la focalización interna y el agente focalizador, aquí retomo el recurso para abrir una pregunta distinta. Sabemos que nadie, mucho menos yo como cronista, estuvo en el lugar de los hechos para dar cuenta más tarde de lo que había sucedido, solo Alejandro. Sin embargo, en esos renglones despliego una descripción detallada de cada movimiento que realiza, de hecho, llegamos a conocer algunas de sus reflexiones, que señalo en el texto con *itálicas*, por ejemplo: “*¿Cómo estarán atendiendo a los pobres viejos, que están tan solos?*”.

Ahora bien, en “¿Qué es el periodismo literario?” (2015), Leila Guerriero señala que el pacto de lectura del periodismo es que no inventa, lo que cuenta es real. Entonces, ¿es antiético proceder como señalo arriba? La periodista reflexiona acerca de este tema recordando su escritura sobre la restauración del teatro Colón. Ella escogió que su relato comenzara con la voz de Miguel Cisterna, un chileno que había llegado desde París para reparar el telón. Guerriero escribió:

Yo, de entre todos los hombres. Yo, nacido en Lota, Santiago de Chile, un pueblo que fue mina de carbón y ahora es historia. Yo, cincuenta años recién cumplidos en una ciudad al sur del mundo en la que llevo ocho meses y que aún no conozco. Yo, de entre todos los hombres, Yo, que soñaba en Lota con telas exquisitas, y que marché a París, tan joven, para estudiarlas, para vivir con ellas (2015: párr. 61)

Claro está que Guerriero no pudo haber accedido a los pensamientos de Cisterna para luego transcribirlos. Sin embargo, como explica, nada de lo que cuenta es invento. Había escuchado y observado a su entrevistado durante semanas, conocía su forma de hablar, sus sueños, su vida. Todo cronista cuenta con cierta información que obtiene de su investigación y del testimonio de las personas que entrevista, y conocer en profundidad sus puntos de vista permite posicionarse desde la subjetividad de los personajes para desde allí contar los hechos. Se trata, en definitiva, del procedimiento que señala Patricia Nieto: “Ver a través de la voz de otro el hecho que no pudo presenciar; escuchar a través de la voz de otro el sonido que no pudo apreciar; distinguir a través de la voz de otro los rasgos físicos de quien no pudo ver; presentir a través de la voz de otro el dolor” (Falbo, 2007: 151). En este sentido, las conversaciones que tuve con Alejandro me brindaron información suficiente para conocer su carácter, sus deseos y miedos, y a partir de ello reconstruir la escena de su aislamiento, dar cuenta de los dolores de su cuerpo y de sus preocupaciones, como si efectivamente hubiera estado ahí con él.

Algunas representaciones contemporáneas sobre la tercera edad

“Este ser, esta especie radicalmente inepta para la vida, sin duda habría desaparecido si no hubiese podido crear —no sabemos cómo- una forma nueva, una forma inédita en la escala de los seres, que es la sociedad: la sociedad como institución, que encarna significaciones y es capaz de adiestrar especímenes singulares de la especie Homo sapiens de tal manera que pueden vivir, y, bien o mal, vivir juntos”.

Cornelius Castoriadis

Llegamos a uno de los últimos objetivos de este trabajo, que es el de señalar algunas de las representaciones sociales existentes en torno a la tercera edad presentes en esta antología e identificar los mecanismos a través de los cuales se reproducen. En las crónicas, estas significaciones se encarnan en las palabras y las acciones de los personajes, pero no se explicita un señalamiento sobre ellas. La intención en los textos es mostrar sin decir y, como sostiene Martín Caparrós, “permitirle al lector que reaccione, no explicarle cómo debería reaccionar” (Tomas, 2007: 13). En esta oportunidad, en cambio, es momento de dar curso a la reacción.

Si bien no pretendo realizar un análisis exhaustivo sobre este punto, intentaré, a partir de los aportes teóricos incorporados especialmente durante el Seminario de Diseño Gráfico y el Seminario Optativo “Sentidos oficiales e inconfesables: complicidades inconscientes con la dominación”, aproximar un análisis de ciertas representaciones latentes en las crónicas presentadas valiéndome de algunos conceptos de Cornelius Castoriadis, Pierre Bourdieu y Paul Ricoeur.

Desde Castoriadis, la tercera edad puede ser pensada como una de las tantas instituciones menores que forman parte de aquella complejidad mayor que es la totalidad de las instituciones sociales o “la institución de la sociedad como un todo” (Castoriadis, 1998: 67). Para el filósofo, el hombre (entendido como el ser humano) existe sólo en y por la sociedad, que es siempre histórica y es una forma particular de organización. Bajo esta perspectiva, lo que mantiene unida a toda sociedad es su institución, lo que en su sentido amplio significa “normas, valores, lenguaje, herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y hacer las cosas, y desde luego, el individuo mismo” (1998: 67). Al asumir la tercera edad como institución, estamos afirmando que aquella no solo existe en leyes que oficializan un modo particular de deber ser, sino, también, en una internalización moral de lo aceptable e inaceptable. Esto significa que, en nuestro caso, no sólo contamos con una Convención

Interamericana que pretende regular los derechos y garantías de los adultos mayores, sino que, al mismo tiempo, cada individuo en su subjetividad lleva incorporados ciertos parámetros de lo que significa ser mayor, así como de lo que es esperable o inusual en una persona de la tercera edad.

Por su parte, los conceptos de violencia simbólica y *habitus* de Bourdieu permiten dar cuenta de los modos a partir de los cuales las representaciones se reproducen, considerando la interiorización de los sentidos dominantes como “sistemas de disposiciones duraderas y transferibles” que producen y organizan prácticas y representaciones (2007: 86) y que señalan relaciones de dominación de las cuales no es posible liberarse mediante una toma de conciencia.

Finalmente, Paul Ricoeur (2002) permite pensar en los intercambios simbólicos. Ricoeur retoma los aportes de Marcel Mauss sobre el don y de Hegel con relación al reconocimiento para afirmar que toda cosa dada, en tanto que simbólica, representa al donante y al donatario y que por ello todo intercambio, económico o simbólico, implica una lucha por el reconocimiento.

Valiéndonos de estos conceptos, intentaremos nuestro análisis atendiendo tanto a los testimonios como a los comportamientos, considerando que el sentido circula no sólo en el lenguaje, sino que, sobre todo, en la creencia práctica entendida como “estado del cuerpo” (Bourdieu, 2007: 111).

La edad de la plenitud

Mirada desde Castoriadis, la tercera edad no es simplemente un grupo de personas mayores de tantos años, o un área del Estado que intenta velar por ellas, o un documento que regula y garantiza sus libertades, sino también una construcción social que interpela a los sujetos desde su interioridad, habilitando en cada uno toda una maquinaria de reglas y creencias socialmente compartidas en torno a qué implica ser un adulto mayor. Entonces, ¿cómo conciben los personajes de estas crónicas a la tercera edad?

En esta antología encontramos distintos ejemplos que dan cuenta de cierta representación que sostiene que la tercera edad da lugar a un período de plenitud y disfrute. Reflexionando sobre la proximidad de su jubilación, Norma de “La Independencia” dice: “La vejez es la oportunidad de liberarte de un montón de cosas, de iniciar una etapa distinta, despojada, si uno la sabe atravesar”. En este sentido, pareciera que, con los años, el conflicto y las preocupaciones se dejaran a un lado, no hay más que aprovechar el tiempo que queda. Para

Rosita de “Últimos Frutos”, todos los mayores son amables y generosos, “te abren la puerta de su casa” o bien: “El *jubi* siempre agradece, no va a criticar”. Muchas veces, esa plenitud gira en torno al placer del encuentro y el ocio, esa fue la razón por la que Dora en la misma crónica se juntó con sus amigas antes de que se renovaran las medidas restrictivas: “Tenemos muchos años ya. Si una se desconecta de la gente que quiere, tampoco se puede”, dice. Rosita además sostiene: “Los *jubis* encaran la vida desde las fiestas, los viajes”. Este punto también es especialmente evidente en “Clandestinas” si consideramos el valor que ponen sus protagonistas al entretenimiento; los juegos forman parte de su cotidianeidad y los festejos en el Centro son una de las cosas que más extrañan.

Como podemos ver, en los fragmentos citados esta etapa de disfrute se concibe como una especie de estadio que se alcanza mediante una suerte de transformación natural a la que se llega irremediamente con el pasar de los años. El envejecimiento es, sin dudas, un proceso biológico que opera sobre los individuos desde los primeros momentos de la vida. Pero las formas en las que se lo atraviesa son diversas y se vinculan con múltiples factores: la salud, la educación, el poder adquisitivo, el lugar de residencia, entre otros. Si la plenitud y el disfrute se representan como un destino inevitable al entrar en la tercera edad esto es por el carácter social de la institución. Siguiendo a Castoriadis, esta se impone, antes que nada, mediante la creación del individuo social, que incorpora “tanto las instituciones mismas como los mecanismos de perpetuación de tales instituciones” (1998: 67). En definitiva, lo que estas afirmaciones ocultan es el carácter socialmente instituido de las representaciones en torno a los adultos mayores, cuyo poder reside en homogenizar modos de ser en el nivel de las representaciones, al tiempo que oculta las diferencias materiales. Podríamos pensar que la tercera edad constituye una etapa de placer, una oportunidad de irse de viaje, de asistir a festejos y de gozar del ocio, siempre y cuando en cierta medida se disponga de solvencia económica, salud y el tiempo necesario para que sea posible.

Qué grandes estos chicos

Tomemos un momento el personaje de Rosita. Podríamos pensar que todas sus creencias se condensan en una palabra que ella repite, y que es el término que emplea para referirse a los mayores con los que trabaja: *jubis*. Pero, sobre todo, nos da algunas pistas sobre la mirada que la trabajadora del ANSES tiene respecto a sus interlocutores. Sería atinado argumentar que *jubis* tiene, en primer lugar, una carga afectiva, la cual resulta más evidente cuando consideramos el conjunto de modos que emplea para dirigirse a las personas mayores. “Buen

día, mi amor”, saluda. En ocasiones, además, *jubis* va acompañada de un posesivo: *mis jubis*. Para Rosita, estas personas son más que vecinos de Tres de Febrero, son parte de su familia. ¿Qué clase de parientes? Bueno, algo así como sus hijos. A pesar de que estas personas sean varias décadas más grandes que ella, Rosita los trata con una especie de cuidado maternal que frecuentemente se acompaña de una mirada tierna. Recordemos cuando, sorprendida por la asistencia a la clase virtual de inglés, dice que los mayores “participaron en el Zoom *como los chicos*, pero con más responsabilidad”.

Podemos encontrar una situación similar en “Clandestinas”, en los testimonios de algunas integrantes de la Comisión que afirman que sus hijos las “retan” cuando no cumplen con las medidas sanitarias o no le dan “permiso” para salir de casa. Es el caso de Ema, cuyo hijo no la dejaba reunirse con las demás a menos que se vacunara, o el de Ester, a quien su hija le insistía para que se quedara en el hogar y no tomara el transporte público.

En los ejemplos citados arriba es posible encontrar una construcción infantilizada de los adultos mayores, por medio del cual ciertas personas incluso más jóvenes que ellos adoptan actitudes que remiten más bien al trato propio de padres o madres hacia sus niños, en tanto que imponen reglas, controlan sus comportamientos, castigan ante la desobediencia, cuidan como si no pudieran hacerlo solos, se sorprenden ante sus ocurrencias.

Una verdadera vocación, un bajón, o, básicamente, lo que hay

Otro eje desde el cual podemos abordar las representaciones en torno a la tercera edad es el trabajo. Varios personajes de las crónicas prestan servicios para esta población y son testigos de las creencias ajenas que operan respecto a su actividad: “Quien no trabaja con adultos mayores ve en ellos algo que no cambia, monótono, como un imposible”, afirma Romina en “La Independencia”. En este sentido, su colega Norma sostiene que le han dicho: “vos trabajás con personas mayores, qué fuerte, qué aburrido”. Como vemos, frecuentemente, este tipo de trabajo habilita representaciones negativas, que vinculan a la tercera edad con un ámbito de la monotonía. Trabajar con mayores “es un bajón”. Podría pensarse que esto es así porque quienes sostienen estas afirmaciones no han tenido la oportunidad de vivir en primera persona esa labor. Observemos entonces cómo se representa la actividad para quienes la llevan a cabo.

Si nos limitamos al caso de Liliana, los adultos mayores son la peor parte del trabajo, ya que “no tienen muy buen carácter ni te tratan muy bien”, dice. No obstante, es válido señalar que ella nunca deseó ser AGD. Por lo que sabemos, no le quedó otra. “Tenía 49, estaba

desempleada, era gratis”, recuerda. El cuidado de los mayores es aquí, sobre todo, una salida para ganarse unos pesos.

Lo cierto es que no todos conciben su profesión del mismo modo. La mayoría considera que su empleo es muy gratificante. “Es una tarea imposible, pero te trae muchas satisfacciones”, dice Romina, “lo mío es la gerontología”, sostiene Norma. Respecto a su tarea en el vacunatorio del Parque Yrigoyen, Alejandro recuerda: “Fue hermoso. Sobre todo, asistir a gente muy mayor”. En Rosita, el gusto es tan grande que concibe su tarea como algo más que una simple ocupación. Luego de enterarse de que la última persona a la que había llamado Huguito antes de fallecer había sido ella, concluye: “esto no es un trabajo”.

En estos casos, podríamos afirmar que a estas personas lo que más les interesa de su labor es la retribución que reciben —aunque se trate de una de tipo no mercantil—si bien también perciban un salario por ello—. En este punto, resulta útil profundizar en los debates de Ricoeur en torno al don y al reconocimiento. Como mencioné previamente, Ricoeur retoma los aportes de Mauss en *Ensayo sobre el don* en donde este último analiza ciertas sociedades “arcaicas” para dar cuenta de una “economía del don”, la que en ningún sentido implicaría una “forma primitiva” de la economía de mercado sino un tipo de economía de distinto orden. El mayor enigma de Mauss respecto al don es “¿Por qué es necesario retribuir?”, y él encuentra una respuesta valiéndose de las explicaciones de aquellos a quienes observa, procedimiento que será criticado más tarde por Levi-Strauss en *El sistema de parentesco*: que existe una “fuerza mágica” en la cosa intercambiada que hace que vuelva a su origen. En este sentido, Ricoeur argumenta que no hay tal fuerza mágica en el objeto donado, y confronta con los análisis de Hegel respecto a la lucha, al proponer la existencia de un reconocimiento tácito entre los participantes de todo intercambio. O, en sus palabras, Ricoeur sostiene que el funcionamiento del don se explica por “un gesto constructivo de reconocimiento a través de una cosa que es simbólica, que simboliza el donante y el donatario”, y que puede encontrarse en nuestras sociedades occidentales en “lo sin precio” (Ricoeur, 2002: 22). En este sentido, Bourdieu afirma que una ciencia de la economía de las prácticas debe incluir aquellas que, si bien revisten un carácter económico, no son reconocibles como tal en sociedad porque conllevan una negación de este aspecto (Bourdieu, 1983). Entonces, si para Norma, Alejandro, Romina o Rosita lo mejor de su trabajo es atender a las personas mayores, esto es así porque, además de un sueldo, cada vez que se brindan, obtienen un reconocimiento a cambio. ¿Qué tipo de reconocimiento? Como profesionales, como trabajadores esenciales, quizás, como héroes, incluso.

La interné no es para nosotros

Son varios los ejemplos que nos conducen a señalar cierto imaginario que indica que los mayores no comprenden el nuevo espacio virtual, muchas veces confirmado por sus propias declaraciones. Esto nos permite pensar que, en ocasiones, las propias personas mayores refuerzan los prejuicios que se alzan sobre ellas. En palabras de Bourdieu: “los dominados contribuyen, unas veces sin saberlo y otras a pesar suyo, a su propia dominación al aceptar tácitamente los límites impuestos” (Bourdieu, 2007: 55). Es el caso de María Laura, exdocente, quien agradece que no le haya tocado ser maestra en tiempos de pandemia, ya que afirma que para dar clases virtuales: “Es necesario contar con cierta capacitación con el tema de las redes y mi generación no la tiene”. En el mismo sentido, Dora considera que el uso de las nuevas tecnologías implica, inevitablemente, un obstáculo para las personas de su edad. Por eso, se anota en un taller sobre el uso del celular y las nuevas tecnologías, “con eso los mayores tenemos problemas”, sostiene.

Sin embargo, si atendemos a las prácticas, es posible encontrar algunas rupturas. Dora, en los hechos, contradice su propio imaginario. Ella, que ama estudiar, potencia su actividad durante la pandemia valiéndose de la tecnología digital. Toma distintas clases a distancia y hace uso de las redes sociales. En el caso de Miguel, el abogado de “Vacunas”, este admite que al principio le costó trabajar de forma virtual pero finalmente aprendió a realizarlo: “Y la verdad es que me siento bien trabajando de este modo” dice.

Lo que parece en principio una contradicción, puede explicarse siguiendo a Bourdieu argumentando que la violencia simbólica subyacente en las relaciones de dominación no puede superarse mediante la simple toma de conciencia. El concepto de *habitus* en tanto “pasado que sobrevive en lo actual y que tiende a perpetuarse en el porvenir” (2007: 89) es justamente lo que habilita que la subjetividad permanezca aun cuando las condiciones objetivas se hayan transformado. En otras palabras, el *habitus* opera en la subjetividad habilitando y limitando posibilidades de significación que guardan relación con la historia interiorizada, aquí, insistiendo en que “la tecnología no es para mayores” por más que aprendan a utilizarla.

Porque soy vieja, sé

Así como la tecnología aparece frecuentemente como un ámbito ajeno para las personas mayores, también es posible encontrar ejemplos donde la tercera edad significa sabiduría.

María Inés sostiene en “Vacunas”: “Como persona mayor, sé que hubo muchas epidemias y jamás se hizo algo así”. O bien, en uno de sus breves atisbos de autorreconocimiento como persona mayor, Norma argumenta: “Una, cuando es más grande, quizás habla más porque vivió más, y tiene cosas para contar”. En esos casos, podría decirse que los adultos mayores son propietarios de cierto capital, entendido como “trabajo acumulado, bien en forma de materia, bien en forma interiorizada o “incorporada” (Bourdieu, 2007: 131) y que como tal tiene implicancias en los intercambios sociales, produciendo diferencias de oportunidades, determinando que no todo es igualmente posible entre quienes lo tienen y quienes carecen de él. En los ejemplos citados, la tercera edad aparece como poseedora del capital del saber entendido como fruto de la experiencia. Ahora bien, ¿por qué el conocimiento adquirido por los años vividos es asumido y aceptado, mientras, como vimos en el apartado anterior, el manejo de los dispositivos tecnológicos no lo es?

Podemos intentar una respuesta considerando el carácter simbólico que conlleva cualquier tipo de capital que “en la medida que es representado, esto es, simbólicamente aprehendido en una relación de conocimiento o, para ser más exactos, de reconocimiento y desconocimiento (*misrecognition*), presupone la intervención del *habitus*, entendido este como una capacidad cognitiva socialmente constituida” (Bourdieu, 1983: 136). Lo que equivale a decir que, para que exista capital, no sólo debe haber cierto conocimiento incorporado, orientador de las prácticas, sino que, además, dicho capital debe ser socialmente reconocido, y eso es lo que diferencia este caso del punto anterior. Mientras en los ejemplos previos la tecnología no se reconoce como un ámbito en el que la tercera edad pueda desplegarse plenamente, sí se atribuye a los adultos mayores la potestad de ciertos saberes que se ganan sólo gracias al paso del tiempo y que se conciben primordialmente como “lecciones de vida”.

Soy lo que soy

Alejandro y Norma trabajan con adultos mayores y son, a su vez, lo que oficialmente se reconoce como tercera edad: el enfermero tiene 74 años y la trabajadora social, 64. Forman parte de la población de riesgo y, sin embargo, ninguno de los dos está dispuesto a detener su actividad laboral durante la pandemia. ¿Dónde podríamos buscar las causas que los conducen a poner en juego su propia vida?

Si atendemos a sus testimonios y comportamientos, es posible sostener que rara vez alguno de ellos se reconoce como persona mayor. Por lo general, se refieren a este grupo mediante el

uso de la tercera persona, los viejos son siempre “ellos”. Respecto al aumento de restricciones sanitarias sobre los beneficiarios de la residencia, Norma recuerda: “El peligro era que avanzáramos sobre sus derechos en pos de cuidarlos”. Mientras ellos permanecían aislados, la trabajadora social nunca dejó de ir y venir de casa al trabajo, ni de usar el transporte público. Alejandro, por su parte, parece olvidar su episodio con el Coronavirus y las consecuencias que tuvo sobre su salud —hipertensión, un descenso renal, un bloqueo cardíaco, múltiples infiltraciones en los pulmones, un enfisema en el pulmón derecho y engrosamiento de pleuras— cuando, refiriéndose a los mayores, dice: “están con muchas disminuciones, físicas y mentales. No pueden abastecerse solos”. Como vemos, existe una negación, una distancia respecto a esos otros coetáneos para los que se trabaja. ¿Cómo podríamos explicar estos comportamientos?

Bourdieu sostiene que, ante todo, los agentes sociales no actúan sin razón, lo que no significa que sean racionales, pueden llevar a cabo comportamientos de los que se pueda dar razón, sin que se hayan regido por este principio (1997). En este sentido, en ambos casos, el factor determinante pareciera ser el trabajo. *Ellos*, los pacientes, son los que corren peligro y están delicados. *Nosotros*, los que los cuidamos, somos esenciales y por eso no podemos quedarnos en casa.

Ahora bien, si esto es así, no significa que la distancia que establecen con sus coetáneos sea consciente y que con su accionar busquen “ocultar” su edad de forma premeditada. Siguiendo a Bourdieu, podríamos decir que Alejandro y Norma actúan orientados por su pertenencia al “campo” o “juego” al que pertenecen, el sanitario en el caso de él, y el del trabajo social, para ella. Ambos llevan incorporados “el sentido del juego”, lo que Pierre Bourdieu define como “el cruce cuasi milagroso entre el *habitus* y un campo” (2007: 107) y es lo que dota de sentido al juego, lo que lo vuelve importante, a tal punto que están incluso dispuestos a arriesgar su vida por él. O, en otras palabras, cada uno guarda para con su juego una relación de fascinación o *illusio*, que es fruto de una “complicidad ontológica entre las estructuras mentales y las estructuras objetivas del espacio social” (1997: 141). Desde esta perspectiva, podemos pensar que, si Alejandro y Norma difícilmente se reconocen como adultos mayores, es principalmente por su inserción en el juego que los nomina antes como “trabajadores esenciales”, lo que a su vez imposibilita que se autorreconozcan como “población de riesgo”. Insertos en el juego, persisten en la convicción de que en nombre de las causas del trabajo social o de la enfermería vale la pena arriesgarse, es una creencia que llevan inscrita en el cuerpo y frente a la cual la edad resulta un parámetro irrelevante.

Palabras finales: cerrar un capítulo

Este proyecto se gestó desde una pregunta, o varias. Inquietudes que han sido producto del inevitable ejercicio —por no decir, ese fastidioso vicio— propio de los estudiantes de Sociales que nos conduce a mirar con sospecha allí donde reinan las obviedades, a instalar una duda donde parecen estar todas las respuestas. Del mismo modo, me atrevo a sostener que, de no haber pasado por esta casa de estudios, tales cuestionamientos difícilmente habrían sido formulados en mi pensamiento, mucho menos encontrado el curso para tomar forma en un trabajo que se propusiera seriamente construir alguna respuesta.

El objetivo principal de esta tesina ha sido elaborar una antología de crónicas a partir de la cual abordar la experiencia de las personas mayores durante el contexto de emergencia sanitaria en Argentina por el Coronavirus. Y en esas casi tres líneas se condensa un arduo proceso de casi dos años, una veintena de entrevistas, días enteros frente a la pantalla y cuarenta páginas de escritura considerando sólo la versión final de la antología. El resultado: cuatro textos que intentan dar cuenta de la diversidad de realidades atravesadas por los adultos mayores durante la pandemia, cuyas diferencias se vinculan a distintos factores tales como el sector social, el nivel educativo, el grado de autonomía, y el trabajo; y que, al mismo tiempo, buscan invitar a la reflexión acerca de las representaciones sociales que, en tanto institución, operan imprimiendo homogeneidad y suprimiendo dichas particularidades en nombre de lo que socialmente se entiende como “tercera edad”.

Ahora bien, el camino hasta aquí ha sido largo. La primera decisión fue concluir esta etapa desde los autores, metodologías y materias que más disfruté de la carrera: principalmente el Taller de Expresión I y el Seminario de Diseño Gráfico. Un movimiento acertado si se considera que, mientras retomar lecturas pasadas por el mero motor del deber puede significar un verdadero dolor de cabeza, por el contrario, siempre resulta un paseo placentero volver a visitar aquellas páginas donde se fue feliz.

Con esto en mente tomé el siguiente paso, me inscribí en el Grupo de Investigación en Comunicación “La crónica urbana: aproximaciones a su discursividad. La letra y la imagen” dirigido por Osvaldo Beker, Claudia Vespa y Fernanda Aren, donde pude conocer a quienes serían mi tutora y cotutora, e introducirme al mundo de la crónica que, como ya mencioné, para mí ha sido como arribar a tierras desconocidas. No obstante, de a poco, he ido recorriendo el terreno, explorando sus caminos y desvíos, uniendo puntos, recordando nombres, rostros, historias. Lo he dicho: nunca me gustó el periodismo, pero porque hasta hace poco no había explorado en profundidad autores que, como Leila Guerriero, cuentan con

el innegable talento, o con el comprometido oficio, de contarnos historias reales como nunca podríamos haberlo hecho el resto de los mortales y, sin embargo, al leerlas, pareciera que no podrían haberse dicho de otra forma. Autores que saben que no da igual decir las cosas de cualquier modo porque es allí donde se juega la mirada del periodista sobre el mundo. Este desafío me ha dado la oportunidad de descubrir escritores maravillosos, cuyas producciones han logrado que le tomara el gusto al periodismo desde la crónica. Además de Guerriero, Cristian Alarcón, Juan Villoro, Martín Caparrós, Josefina Licitra, entre otros.

Desde allí, el camino hasta aquí ha sido largo y me pregunto si demasiado. Pienso, entonces, si es posible acotar los tiempos de un trabajo de campo. Considero que la observación y la escucha demandan una irreductible inversión de tiempo, sobre todo cuando se trata de aprehender un objeto de estudio desconocido, como también era para mí la tercera edad. Creo entonces que el tiempo ha sido el justo y el necesario, porque las horas no se van sólo en conseguir fuentes, hacer entrevistas, leer tratados y convenciones, desgrabar y tomar notas. Es el proceso interno de hacerse con nuestro objeto el que reclama su ritmo propio, el que interrumpe etapas de producción en velocidad constante con pausas introspectivas, curvas obligadas para procesar la complejidad de aquel mundo en el que nos introducimos como comunicadores y para, desde ese rol, plantar una postura.

Y si resultara que sí, que existiera la forma de hacer todo lo anterior más rápido, allí seguiría estando la escritura. Comencé esta carrera por dos razones: una, porque me gusta leer. La otra, porque, después de todo, sí, me gusta escribir. No obstante, las cosas han ido cambiando desde esos primeros años y exponencialmente durante la producción desde este trabajo. El proceso que le ha dado forma a las crónicas de esta antología ha sido también el del entrenamiento de la escritura, la batalla contra la frustración ante las palabras que no salen, desatar ideas que insisten hechas nudo en la cabeza, su traducción ordenada en la página y, sobre todo, la perseverante búsqueda de la inspiración mediante el sudor en la silla antes que la espera de una suerte de gracia divina.

He escrito cuatro crónicas. Probablemente, no tengan lo necesario para ganar visibilidad en los buscadores de Google, sus títulos no son los más atractivos según los parámetros del SEO (Search Engine Optimization), quizás son demasiado extensos y sus temáticas no despiertan el interés de la mayoría. Son sólo cuatro. Pocas, pero consistentes historias que me enorgullece compartir.

Este último tramo ha sido, sin dudas, el más difícil. No obstante, desde aquí, como si de un relato se tratara, cada detalle cobra sentido. Desde los primeros conceptos teóricos, pasando

por las noches de desvelo entre apuntes, hasta el último final, ha sido perfectamente funcional a la unidad. Se cierra así este capítulo.

Bibliografía

I. Libros y artículos

- Aristóteles. (s.f). Poética. Recuperado de https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/poetica_aristoteles.pdf
- Bal, M. (1998). *Teoría de la narrativa (una introducción a la narratología)*. Madrid: Cátedra.
- Barthes, R., “Introducción al análisis estructural de los relatos” en Niccolini, S. (comp.) (1977), *El análisis estructural*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Bourdieu, P. (1983). “Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social” en *Poder, Derecho y Clases Sociales*. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Bourdieu, P. (1997). “¿Es posible un acto desinteresado?”, en *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). “Estructuras, habitus, prácticas” y “La creencia y el cuerpo” en *El sentido práctico*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Caparrós, M. (2007). "Por la crónica", en Tomas, M. (comp.), *La Argentina crónica. Historias reales de un país al límite*. Buenos Aires: Planeta.
- Caparrós, M. (2020). “Periodismo Gilette y Periodismo Clic”, en Sietecase, R. (comp.), *Periodismo instrucciones de uso*. Buenos Aires: Prometeo Editorial.
- Carrión, J. (2012). *Mejor que ficción*. Barcelona: Anagrama.
- Castoriadis, C. (1998). “Lo imaginario: la creación en el dominio histórico social” en *Los dominios del hombre*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Falbo, G. (2007). “Introducción” en Falbo, G. (comp.), *Tras las huellas de una escritura en tránsito*. La Plata: Ediciones al Margen.
- Guerriero, L. (2020). “Decir o no decir”, en Sietecase, R. (comp.), *Periodismo instrucciones de uso*. Buenos Aires: Prometeo Editorial.
- Klein, I. (2007). “Capítulo 2. La narratología” en *La narración*. Buenos Aires: Eudeba.
- Molina Fernández, C. (2007). “Teoría y práctica del relato” Capítulos 1 y 2, *Cómo se analiza una novela*. Navalmoral de la Mata: IES Augustóbriga.
- Nieto, P. (2007). “El asombro personal” en Falbo, G. (comp.), *Tras las huellas de una escritura en tránsito*. La Plata: Ediciones al Margen.
- O’Connor, F. (1993). *El arte del cuento*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Pampillo, G. et al. (2005). *Una araña en el zapato*. Buenos Aires: Libros de La Araucaria.

Perelman, C. (1977). “Analogía y metáfora” en *El imperio retórico. Retórica y argumentación*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Reguillo, R. (2007). “Textos fronterizos. La crónica una escritura a la intemperie” en Falbo, G. (comp.), *Tras las huellas de una escritura en tránsito*. La Plata: Ediciones al Margen.

Ricoeur, P. (2002). *La lucha por el reconocimiento y la economía del don*. Conferencia pronunciada en la UNESCO.

Sarchione, A. (2005). “La mirada en el relato” y “Temporalidad” en Pampillo, G. et al. *Una araña en el zapato*. Buenos Aires: Libros de La Araucaria.

Tomas, M. (comp.) (2007). *La Argentina crónica. Historias reales de un país al límite*. Buenos Aires: Planeta.

Vespa et al. (2018). *La crónica: entre dos mundos: La literatura y el periodismo como miradas complementarias*. Norderstedt: Editorial Académica Española.

II. Informes de organismos estatales

Banco Interamericano de Desarrollo. (2020). *Envejecimiento y Atención a la Dependencia en Argentina*. Recuperado de <https://publications.iadb.org/publications/spanish/document/Envejecimiento-y-atencion-a-la-dependencia-en-Argentina.pdf>

Cámara Argentina de Especialidades Medicinales. (2021). *Otras pandemias que afectaron a la Argentina*. Recuperado de <https://www.caeme.org.ar/otras-pandemias-que-afectaron-a-la-argentina/>

Defensoría del Público. (2020). *El PAMI y la Defensoría del Público le dicen No al viejismo*. Recuperado de <https://defensadelpublico.gob.ar/el-pami-y-la-defensoria-del-publico-le-dicen-no-al-viejismo>

Estado Argentino. (2015). *Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores*. Recuperado de: https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/convencion_interamericana_sobre_la_proteccion_de_los_derechos_humanos_de_las_personas_mayores_-_texto_oea_0.pdf

Estado argentino. (2020). *Alberto Fernández extiende la cuarentena hasta el 28 de junio*. Recuperado de: <https://www.argentina.gob.ar/noticias/alberto-fernandez-extiende-la-cuarentena-hasta-el-28-de-junio>

Estado argentino. (2020). *Llegaron al país las primeras vacunas SPUTNIK V*. Recuperado de <https://www.argentina.gob.ar/noticias/llegaron-al-pais-las-primeras-vacunas-sputnik-v>

Estado Argentino. (2021). *Coronavirus: con el envío de hoy desde China, la Argentina ya recibió casi 6,8 millones de vacunas*. Recuperado de: <https://www.argentina.gob.ar/noticias/coronavirus-con-el-envio-de-hoy-desde-china-la-argentina-ya-recibio-casi-68-millones-de#:~:text=millones%20de%20vacunas-Coronavirus%3A%20con%20el%20env%C3%ADo%20de%20hoy%20desde%20China%2C%20la%20Argentina,priorizados%20en%20todo%20el%20pa%C3%ADs>.

Estado Argentino. (2022). *Información epidemiológica*. Recuperado de <https://www.argentina.gob.ar/salud/coronavirus-COVID-19/sala-situacion>

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (s.f). *Acerca del vejeismo*. Recuperado de <https://www.buenosaires.gob.ar/cultura/promocion-cultural/nuevas-vejeces/acerca-del-vejeismo>

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (2021). *Comenzó la vacunación de adultos mayores de 80 años en la Ciudad*. Recuperado de <https://www.buenosaires.gob.ar/salud/noticias/comienzo-la-vacunacion-de-adultos-mayores-de-80-anos-en-la-ciudad>

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (2014). *Encuesta Nacional sobre Calidad de Vida de Adultos Mayores 2012 ENCaViAM*. Recuperado de <https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/sociedad/encaviam.pdf>

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (2021). *Dossier estadístico en conmemoración del Día Internacional de las personas de edad*. Recuperado de https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/poblacion/dossier_personas_edad.pdf

Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria. (2020). *Cursos virtuales y gratuitos para hacer desde casa y en familia*. Recuperado de <https://intainforma.inta.gob.ar/cursos-virtuales-y-gratuitos-para-hacer-desde-casa-y-en-familia/>

Municipalidad de San Martín. (s.f). *Espacios amigables. San Martín personas mayores*. Recuperado de <http://www.sanmartin.gov.ar/espacios-amigables-personas-mayores/>

Municipalidad de San Martín. (s.f). *Listado Espacios de la Sociedad Civil*. Recuperado de <http://www.sanmartin.gov.ar/uploads/1572978517-Centros%20de%20jubilados.pdf>

Municipalidad de Tres de Febrero. (s.f). *Centros de Jubilados* Recuperado de <https://www.tresdefebrero.gov.ar/centros-de-jubilados/>

Municipalidad de Tres de Febrero. (s.f). *Tercera edad*. Recuperado de [https://www.tresdefebrero.gov.ar/desarrollo-humano/terceraedadysdiscapacidad/tercera-edad-2/#:~:text=Tel%C3%A9fono%3A%20\(011\)%205197%2D,%40tresdefebrero.gov.ar.&text=El%20C3%A1rea%20de%20Tercera%20Edad,de%20las%20personas%20Adultas%20Mayores](https://www.tresdefebrero.gov.ar/desarrollo-humano/terceraedadysdiscapacidad/tercera-edad-2/#:~:text=Tel%C3%A9fono%3A%20(011)%205197%2D,%40tresdefebrero.gov.ar.&text=El%20C3%A1rea%20de%20Tercera%20Edad,de%20las%20personas%20Adultas%20Mayores).

Organización Internacional del Trabajo. (2018). *Las políticas de cuidado en Argentina. Avances y desafíos*. Recuperado de https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---americas/---ro-lima/---ilo-buenos_aires/documents/publication/wcms_635285.pdf

Organización Mundial de la Salud. (2020). *Declaración de la OMS: consumo de tabaco y COVID-19*. Recuperado de <https://www.who.int/es/news/item/11-05-2020-who-statement-tobacco-use-and-covid-19>

Programa de Asistencia Médica Integral. (s.f). *Residencias propias*. Recuperado de: <https://www.pami.org.ar/tramite/residencias-proprias#:~:text=PAMI%20brinda%20la%20prestaci%C3%B3n%20de,psicolog%C3%ADa%2C%20m%C3%A9dica%20y%20de%20enfermer%C3%ADa.>

Universidad Nacional de Tres de Febrero. (2020). *Desde mediados de septiembre los cursos UPAMI se dictarán en forma virtual*. <https://www.untref.edu.ar/mundountref/convenio-pami-formacion-adultos-mayores>

III. Artículos periodísticos

Argentina comienza una nueva etapa de restricciones contra la segunda ola de covid. (12 de junio de 2021). *EFE*. Recuperado de: <https://www.efe.com/efe/america/sociedad/argentina-comienza-una-nueva-etapa-de-restricciones-contr-la-segunda-ola-covid/20000013-4560903>

Bermúdez, I. (4 de agosto de 2019). La mitad de los jubilados cobra el haber mínimo. *Clarín*. Recuperado de https://www.clarin.com/economia/mitad-jubilados-cobra-minimo_0_jHBQUV6wR.html

Canal de la Ciudad. (Productor). (2022). *Brecha digital: "Soy mayor, no idiota" - Gabriel Katz | HNT 17* [YouTube]. De <https://www.youtube.com/watch?v=XL8luMPyVmA>

Chaco: armaron una fiesta clandestina y terminaron a las piñas. (9 de junio de 2020). *Minutouno*. Recuperado de: <https://www.minutouno.com/sociedad/chaco/armaron-una-fiesta-clandestina-y-terminaron-las-pinas-n5108652>

Coronavirus: el 14% de los infectados es personal de salud. (17 de abril de 2020). *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/260311-coronavirus-el-14-de-los-infectados-es-personal-de-salud>

Después de horas de fila, algunos jubilados se descompensaron en las puertas de los bancos. (3 de abril de 2020). *Infobae*. Recuperado de <https://www.infobae.com/sociedad/2020/04/03/largas-filas-en-las-puertas-de-los-bancos-para-cobrar-jubilaciones-y-auh/>

Giambartolomei, M. y Czubaj F. (17 de febrero de 2021). Mayores de 70: Cuándo empiezan a vacunar en la Provincia y en la Ciudad y cómo sacar turno. *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/buenos-aires/mayores-de-70-cuando-empiezan-a-vacunar-en-la-provincia-y-la-ciudad-y-como-sacar-turno-nid16022021/>

Goldman, T. (15 de octubre de 2020). ¿Cómo están los viejes? *Anfibia*. Recuperado de <https://www.revistaanfibia.com/estan-les-viejes/>

Guerriero, L. (14 de diciembre de 2015). ¿Qué es el periodismo literario? *Anfibia*. Recuperado de <https://www.revistaanfibia.com/que-es-el-periodismo-literario/>

Histórico: Los Pumas vencieron por primera vez a All Blacks. (14 de noviembre de 2020). *Infobae*. Recuperado de: https://www.cadena3.com/noticia/rugby/historico-los-pumas-vencieron-por-primera-vez-a-all-blacks_275622

Impresionante explosión en el puerto de Beirut: estalló un depósito y hay más de 100 muertos. (4 de agosto de 2020). *Infobae*. Recuperado de: <https://www.infobae.com/america/mundo/2020/08/04/impresionante-explosion-en-el-puerto-de-beirut-estallo-un-deposito/>

Jara, L. (14 de junio de 2018). *Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES)*. Recuperado de <https://observatorio.unr.edu.ar/administracion-nacional-de-la-seguridad-social-anses/>

Klipphan, A. (26 de agosto de 2020). Argentina en llamas: ya son 11 las provincias afectadas por los incendios y quedaron arrasadas más de 120 mil hectáreas. *Infobae*. Recuperado de: <https://www.infobae.com/politica/2020/08/26/argentina-en-llamas-ya-son-10-las-provincias-afectadas-por-los-incendios-y-quedaron-arrasadas-mas-de-120-mil-hectareas/>

La Ciudad de Buenos Aires anuncia nuevas flexibilizaciones con un plan de aperturas graduales. (27 de julio de 2021). *Télam*. Recuperado de: <https://www.telam.com.ar/notas/202107/562730-ciudad-de-buenos-aires-anuncia-nuevas-flexibilizaciones-con-un-plan-de-aperturas-graduales.html>

La policía desalojó la toma de Guernica y recuperó el predio usurpado. (29 de octubre de 2020). *Infobae*. Recuperado de: <https://www.infobae.com/politica/2020/10/29/tension-en-guernica-con-4-mil-policias-a-cargo-de-sergio-berni-comenzo-el-operativo-del-desalojo-de-la-toma/>

Lauragaray, G. (22 de junio de 2020). La Pampa: Convocaron a una fiesta clandestina por Instagram y fueron más de 100 jóvenes. *Clarín*. Recuperado de: https://www.clarin.com/sociedad/convocaron-fieta-clandestina-instagram-100-jovenes_0_YL5rbak0q.html

Levinsky, S. (25 de noviembre de 2020). Murió Diego Armando Maradona. *Infobae*. Recuperado de: <https://www.infobae.com/deportes-2/2020/11/25/murio-diego-armando-maradona>

Pintado, L. (26 de mayo de 2020). Conversatorio con Gabriel Katz: "La televisión y las personas mayores en tiempos de pandemia". *TAL*. Recuperado de <https://redtal.tv/novedades/361/conversatorio-con-gabriel-katz-la-television-y-las-personas-mayores-en-tiempos-de-pandemia>

San Martín: abrieron vacunatorios en Parque Yrigoyen, CeMEF y el Club San Andrés. (26 de marzo de 2021). *Que Pasa Web*. Recuperado de <https://www.quepasaweb.com.ar/san-martin-vacunatorios-parque-yrigoyen-cemef-y-club-san-andres/>

Solo el 1,3% de los mayores en Argentina están institucionalizados. (15 de noviembre de 2013). *Télam*. Recuperado de: <https://www.telam.com.ar/notas/201311/40931-solo-el-13-de-los-mayores-en-argentina-estan-institucionalizados.html#:~:text=Solo%20el%201%2C3%25%20de%20los%20mayores%20e n%20Argentina%20est% C3%A1n%20institucionalizados,- Audio&text=As% C3%AD%20lo%20inform%C3%B3la%20Directora,instituciones%20 y%20su%20marco%20legal>.

TAL Televisión América Latina. (Productor). (2020). *TAL Académico - Conversatorio con Gabriel Katz* [YouTube]. De <https://www.youtube.com/watch?v=gA6Az7ipQII>

Vacuna Covid: cuántas dosis darán, por quiénes arrancarán y cómo armarán operativos las provincias más expuestas. (24 de noviembre de 2020). *Clarín*. Recuperado de https://www.clarin.com/provincias/vacuna-coronavirus-cuantas-dosis-daran-arrancaran-armaran-operativos-provincias-expuestas_0_VJmRHwq55.html

Vallejos, S. (30 de diciembre de 2020). El Senado sancionó la legalización del aborto. *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/314405-el-senado-sanciono-la-legalizacion-del-aborto>

Villoro, J. (22 de enero de 2006). La crónica, ornitorrinco de la prosa. *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/cultura/la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa-nid773985/>

Agradecimientos

A quienes compartieron sus historias conmigo.

A Claudia y a Fernanda, por el acompañamiento y la enorme paciencia.

A mis compañeros/as de clase, por los años de aguante mutuo.